



# Golondrinas de la libertad

por Alicia Migliore

# Golondrinas de la libertad

por Alicia Migliore



**AVALA:**



**ADHIEREN:**



# Índice

<b>Prólogo.....</b>	<b>1</b>
<b>CAPITULO I: Pioneras.....</b>	<b>7</b>
1. Peligrosas como brujas, son maestras.....	7
2. Las brujas del obispo Clara.....	11
3. La bruja de Clara que nunca se fue.....	16
4. Los embrujos que permanecen hasta hoy.....	20
5. Un hechizo perdurable.....	24
<b>CAPITULO II: Egresadas.....</b>	<b>29</b>
6. Rosa Clotilde Sabbattini (I).....	29
7. Rosa Clotilde Sabbattini (II).....	32
8. Rosa Clotilde Sabbattini (III).....	34
9. Jolie Libois, una ninfa entre los duendes.....	37
<b>CAPITULO III: Educación Pública.....</b>	<b>42</b>
10. Algunos sedimentos de nuestra identidad.....	42
11. El centenario de la reforma universitaria.....	46
12. La educación pública en cuestión.....	50
<b>Epílogo.....</b>	<b>55</b>
13. Ciudades de tiza y pizarrón.....	55
<b>Colofón.....</b>	<b>60</b>

## Prólogo

En forma previa a prologar este interesante libro, quiero referirme a su autora, la Dra. Alicia Migliore.

Su extenso curriculum nos revela a una mujer multifacética: abogada exitosa egresada de la Universidad Nacional de Córdoba, con posgrados en diversas ramas del derecho; docente de alma en Enseñanza Media y de Adultos; y militante permanente en la actividad política partidaria enrolada en La Unión Cívica Radical. Asimismo desempeñó importantes cargos acordes con su profesión e ideario político.

Escribió ya con grandes éxitos otros libros, entre ellos “Mujeres Reales” y “Ser Mujer en Política”.

A todo lo expuesto quiero agregar que se destaca en Alicia una extraordinaria mujer, culta, talentosa, investigadora de la histo-

ria y de una gran calidad humana, sensitiva y poseedora de una auténtica fibra de escritora que se evidencia en esta obra.

Abocándome ya a la temática del libro, reparo en su título “Golondrinas de la Libertad”, poético, expresivo y que presagia su contenido, exquisito e intenso.

Con un lenguaje claro, poblado de ricos vocablos y haciendo gala de un estilo ágil y atrapante, la autora nos introduce en la Córdoba de ayer, girando fundamentalmente su relato en torno a la mujer, haciendo eje sobre la lucha de las mujeres a través del tiempo y en los distintos ámbitos donde debió batallar para imponerse.

De su lectura se van desprendiendo interesantes historias, con nutridos e inéditos detalles, que ilustran y enseñan sobre episodios desconocidos en orden a los orígenes de nuestra cultura.

Como introducción describe el contexto geográfico y social donde ocurren los hechos – meollo del relato- haciendo foco principalmente en “La Docta”, en “La Córdoba de las Campañas”, como así también grafica literalmente la idiosincrasia del cordobés y el porqué de ella.

Hace una interesante semblanza de la Córdoba rebelde, contradictoria, resultante de los vaivenes entre la invasiva prosapia española, la imparable fuerza clerical afincada en las cuatro órdenes religiosas que sentaron fuertes raíces y en el espíritu de los aborígenes – dueños originarios de estas tierras – desalojados y sometidos por las huestes militares, merced al fragor del fuego y la espada.

Ahonda también sobre la sociedad cordobesa de aquella época, machista, patriarcal, religiosa y estructurada, que condenaba severamente a las mujeres que osaban desempeñar roles protagónicos por fuera de la maternidad y tareas domésticas.

En otros de sus relatos realizan un interesante revisionismo histórico, rescatando la polémica figura de Domingo Faustino

Sarmiento, resaltando su intensa lucha para erradicar el analfabetismo que oscurecía la mentalidad de tantos argentinos.

En esa línea la autora se explaya en la decisión del Gran Maestro de radicar en nuestro país a docentes norteamericanas y que tuvieron como misión alfabetizar mediante una concepción de educación pública, común, laica y gratuita.

Estas nobles mujeres fueron llamadas “Las Maestras del Loco Sarmiento”, y sufrieron como principal detractor al Obispo Vicario Jerónimo Clara y a las “devotas” señoras de la prejuiciosa clase clerical, que las denostaban por foráneas y protestantes ignorando, de ignorancia absoluta, que esas maestras formaban conciencia para liberar a la mujer de toda sumisión mediante un trabajo digno.

Fueron muchas las “Heroínas de la Odisea Laica”, pero la autora rescata en forma especial a JENNIE ELIZA HOWARD y FRANCES ARMSTRONG, responsables de la Escuela Normal de Maestros Alejandro Carbó.

Con respecto a estas pioneras, critica Alicia el ocultamiento de episodios trascendentes, en especial si las mujeres fueron las protagonistas

En otra de sus historias Alicia elogia a la Córdoba de la Reforma Universitaria de 1918, que iluminó a otras Universidades del Continente, y que consagró los principios de educación pública, gratuita y laica.

Pondera al grupo de valientes jóvenes que clamaban por la libertad de cátedra, docencia libre y la cobertura de cargos docentes por concurso, entre otros principios característicos de la democratización de la enseñanza. Y aquí la autora vuelve a fustigar severamente a la sociedad que imperaba en Córdoba al momento de la Reforma, a la que denomina elitista, clerical e insuflada de sentimientos de superioridad blanca, hispanista y cristiana.

Suaviza la autora su enérgico lenguaje cuando escribe la histo-

ria de Rosa Clotilde Sabattini, hija del líder de La Unión Cívica Radical, Amadeo Tomás Sabattini.

Habla de ella con cariño y admiración describiéndola como una mujer brillante, cultísima, osada y pasional.

Relata su vida y su trayectoria, ponderando su desempeño como Maestra Normal egresada del Carbó y como Profesora de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Pero su rol preponderante fue en el campo de la política en el Partido Radical, donde luchó por los derechos de la mujer y por el sufragio femenino.

Y es aquí cuando la autora critica acertadamente a las mujeres de su tiempo, ya que pretendieron ignorar a esta extraordinaria mujer, por haberse sublevado contra el mandato paterno y marital, como así también contra los mandatos sociales ya que logró, por vuelo propio, su realización personal, aunque con trágico final. Bajo el título “Jolie Libois, una ninfa entre los duendes”, ingresamos a una Córdoba misteriosa, usina inacabable de modernos duende y ninfas. Y en este enfoque de la historia nos transporta a la nostalgia, al hermoso y lejano tiempo de las novelas que se transmitían por radio, lo que provocaba que la imaginación del oyente reconstruyera mentalmente las escenas que las voces dibujaban a través del aire.

Nos ilustra sobre El Primer Festival Internacional del Teatro, y las legendarias LV3 Radio Córdoba y LW1 Radio Universidad. Y aquí surge el personaje principal de esta historia, la querida y recordada Jolie Libois, su carrera artística y su lucha para imponerse en el Radioteatro del Hogar. Así también nos relata con lujos de detalles, su paso por el teatro y también por la televisión y la despide Alicia sentidamente como a la ninfa que sigue cosechando aplausos.

En su última entrega la autora se refiere a los casi cuarenta años de la sangrienta dictadura de Franco en España; y en esa línea

de pensamiento resalta a América Latina sacudida también por golpes militares y sus secuelas dictatoriales.

Se enfoca principalmente en la dictadura sufrida en nuestro País (1976-1983), en la figura del Ex – Presidente Raúl Alfonsín, en la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) y en el famoso juicio a las Juntas Militares (Sentencia N° 13/1985).

La autora relata los hechos frontalmente, sin tapujos. Es contestataria y crítica por la falta de sinceramiento y olvidos imperdonables de una sociedad clasista, intolerante y retrógrada.

Defensora acérrima de las mujeres y de sus obras – sin caer en un feminismo fundamentalista – reclama que la memoria colectiva haga justicia y rescate del ostracismo a aquellas golondrinas que honraron nuestra historia y que, en busca de libertad, surcaron los cielos azules de nuestra querida Patria.

**Gracias Alicia por este valioso aporte a la cultura de nuestro pueblo.**

*Graciela Silvia López de Filoñuk*



## **CAPITULO 1: Pioneras**

### **1. Peligrosas como brujas, son maestras**

Encontré esta perlita por puro azar: ¡la habían ocultado con gran esmero!

“Nosotros, los cordobeses”, dicen invariablemente quienes apelan a nuestra orgullosa pertenencia a esta ciudad y a esta provincia. Con cierta superficialidad y apuro pretenden definirnos o encasillarnos con una pincelada, para representarnos. Olvidan nuestras tensiones, las contradicciones y las diversas corrientes que nos nutren desde los aspectos geográficos, históricos, políticos; los que nos dieron rebeldías y sumisiones; las sierras habitadas por diaguitas y comechingones y el Camino Real en tiempos de la conquista y el Virreinato; el enfrentamiento prolongado entre seguidores del Manco Paz y el Brigadier Bustos; el almidonado andar de los próceres domésticos por pasillos académicos y la provocación bulliciosa de los reformistas del 18; las rebeliones obreras y estudiantiles y la represión feroz y organizada; los mismos matices que permitieron exportar leyes y códigos severos y formales, como también nuestro

humor espontáneo y repentino; los que nos llevaron de la jota, pasando por el candombe, las peñas y la zamba, hasta el cuarteto que se pasea por el mundo; y en esta enumeración de contrastes podríamos continuar hasta el infinito.

Porque nosotros, los cordobeses, somos fruto de una síntesis entre fuerzas en constante cambio y evolución, como todos los seres del universo. Nuestra identidad se asienta en lo vivido, se deconstruye y reconstruye a cada momento.

Esta querida Córdoba “De Las Campanas”, “la Docta”, ganó sus “apodos” en siglos sedimentados, por la presencia de las cuatro órdenes religiosas que vinieron con la conquista española (jesuita, franciscana, dominica y mercedaria) y por ser destino de educación para estudiantes de todos los puntos cardinales.

Desde aquel lejano día donde Jerónimo Luis plasmó su desobediencia, hasta la actualidad soplaron vientos diversos que modelaron nuestro perfil. Uno de esos huracanes correspondió a la visión y actividad de tres presidentes que tuvieron varios puntos en común: Sarmiento, Avellaneda y Roca. Tres hombres del interior, un sanjuanino y dos tucumanos, que tuvieron una idea de construcción de Nación, superando los desencuentros posteriores a mayo. Los desvelaron los desafíos y aunque cometieron errores, sostuvieron una política de Estado esencial y transformadora: la educación laica.

Por todo lo señalado nos parece aberrante que se oculten episodios históricos que resultaron trascendentes y contribuyeron a nuestra realidad actual. Desconocer la historia no la modifica. Sabemos que les resulta mucho más fácil alterar los hechos si involucran a mujeres entre sus protagonistas. Por esa misma causa la reivindicación de la memoria nos impone mayor compromiso y responsabilidad. Y allá vamos.

Sarmiento tenía una importante dosis de locura, la que lo impulsaba a soñar enormes transformaciones; la misma que se poten-

ció ante la realidad agobiante que enfrentaba y le permitió dejar una huella imborrable.

“Nación, constitución y libertad”, fueron los ejes que se propuso al asumir la presidencia. Para contar con un diagnóstico preciso, ordenó el primer censo nacional (1869) que le aportó datos espeluznantes: La población del país era de un millón ochocientos treinta mil habitantes, de los cuales el ochenta por ciento (¡!) era analfabeta y la problemática habitacional se correspondía proporcionalmente con ese porcentual, toda vez que el ochenta por ciento de las viviendas del país, eran “ranchos”.

Con una Constitución casi flamante, la necesidad de regulación legal de la Nación también encuentra eco en el Presidente Sarmiento, que el 29 de septiembre de 1869 (se cumplirán ciento cincuenta años) sanciona el Código Civil escrito por el cordobés nacido en Amboy, Dalmacio Vélez Sarsfield.

En otra ocasión nos ocuparemos de la olvidada y trascendente Aurelia Vélez, que tanto colaboró con la obra del codificador como amanuense.

Podemos afirmar que la impronta sarmientina marcó los destinos nacionales con su proyecto educativo, el que alentaba desde sus primeros años de vida y logró concretar en la primera magistratura. Durante su mandato presidencial, con apoyo nacional, las provincias fundaron ochocientas escuelas que cuadruplicaron el número inicial de alumnos. Comenzaba para Sarmiento y su ministro de Educación, Nicolás Avellaneda, el silencio conspirativo y posterior combate decidido de quienes resistían la educación laica. Convertida en Política de Estado, la concepción de la educación fue sostenida en los sucesivos mandatos presidenciales de Avellaneda y Roca.

En esa construcción generacional, Sarmiento logra su mayor locura: decidido a educar, pretende radicar en el país mil maestras. Sueña que es la mejor alternativa laboral para las mujeres y deci-

de también que serán las norteamericanas las más idóneas para educar en libertad. Que estas maestras serán formadoras de maestras como un modo de liberar a la mujer argentina de la ignorancia y la sumisión.

Entre 1869 y 1898 llegaron a nuestro país sesenta y cinco docentes, de los cuales sólo cuatro eran varones; el resto, mujeres. Para convocar a estos educadores Sarmiento contó con la colaboración de Horace Mann, su esposa Mary Peabody de Mann, además de publicaciones en periódicos, donde se detallaban las condiciones de contratación: salarios altos por un período inicial de tres años, que comenzaba a computarse cuando se embarcaban rumbo a nuestro país.

Es necesario abstraerse del aquí y ahora; situarse en la época y las condiciones, para dimensionar el delirio de Sarmiento y la osadía de quienes respondieron a su convocatoria. La historia las recogió como “las hijas de Sarmiento” o “las maestras del loco Sarmiento” en un colectivo femenino que incluye a los poquitos varones, en una feliz excepción a la regla académica.

Apenas llegaban los docentes, se dirigían a Paraná, donde debían aprender nuestra lengua en cuatro meses. Todos conocieron la Escuela Normal de Maestros de Paraná, cuyo primer director fue Jorge A. Stearns, llegado en ese contingente de educadores destinados a iniciar el normalismo en la Argentina como multiplicador de la educación popular.

Ese normalismo se concibió con una visión netamente federal: mientras se apagaban las últimas luchas de caudillos provinciales, las maestras se dirigían a zonas de fronteras, a Entre Ríos, a Corrientes, a Jujuy, a Catamarca, a San Nicolás en la provincia de Buenos Aires, a Córdoba, a La Rioja, a San Juan, a Mendoza. Y aquí encontramos a esa perla que nos hizo recorrer todo este camino: se llamaba Jennie Eliza Howard y la recuperan los historiadores como la “Heroína de la Odisea Laica”. Creemos que el

título es justo porque esos educadores llevaron su vocación a límites heroicos y porque se llamó Odisea Laica a la acción que llevaron adelante.

Decidimos rescatarla, junto con su compañera Frances Armstrong, porque ambas fueron las responsables de la Escuela Normal de maestros (hoy Alejandro Carbó) fundada en junio de 1884. Jennie llegó para reemplazar a Frances Wall, que se retiró exasperada por la Cruzada que habían comenzado contra ellas en la ciudad de las Campanas. El abanderado de esta “guerra santa” fue el Obispo y Vicario Jerónimo Clara.

Es apasionante leer el testimonio que dejó Jennie sobre la experiencia de ese grupo docente y es absolutamente increíble que esta ciudad nuestra no guarde memoria de esas dos maestras pioneras en la formación de maestros, máxime considerando la terrible oposición, discriminación y persecución de las que fueron víctimas.

Este era el objeto inicial de la nota, y creemos que la necesidad de contextualizarla nos hizo exceder la extensión autorizada. Sin embargo, conscientes de pertenecer a una sociedad atravesada por odios diversos e inagotables, sabemos que se blandirá nuevamente el revisionismo que reduce la gesta de Sarmiento a una experiencia extranjerizante, desconociendo su enorme aporte al sistema educativo, a la jerarquización del rol docente, a la alfabetización de todos los excluidos de un sistema clasista y a posibilitar la emancipación femenina mediante un trabajo digno.

## **2. Las brujas de Obispo Clara**

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 26 de Agosto de 2019*

Algo adelantamos en otra nota. Pero ellas y el tema merecen profundizar el recuerdo. De los docentes estadounidenses que

llegaron respondiendo a la convocatoria, a Córdoba se destinaron Frances Gertrude Armstrong y Angeline Frances Wall para que dieran inicio a la Escuela Normal.

Entusiasmadas con el proyecto, estas “gringas yanquis” suponían que serían recibidas con alegría en la pequeña aldea que era nuestra ciudad entonces. Venían de la primera Escuela Normal de Paraná, que había comenzado a funcionar el 13 de julio de 1870, gracias al tesón de su compatriota, Jorge Stearns, quien asumió la dirección con su esposa como regente. Allí, además de formar maestros, recibían a quienes viajaban del resto del mundo para que aprendieran la lengua nacional en tiempo récord.

Frances Armstrong había comenzado su actividad como secretaria y profesora en la Escuela Normal de San Fernando del Valle de Catamarca, inaugurada en 1878 con la conducción de su hermana Clara Armstrong y Mary Gay. Al convocarlas, por pedido de Sarmiento, analizaban particularmente que fueran intrépidas y valientes, además de capaces en su formación docente. Nadie imaginaba los desafíos que enfrentarían; tampoco ellas.

Cuando las dos maestras llegaron a Córdoba, lo hicieron llenas de ilusión: ¡esperaban una inscripción de 150 alumnas!

No contaban con la fuerza de los campanarios, agitados por el obispo Jerónimo Clara, quien lanzó un anatema (condena moral, prohibición, amenaza de excomunión) contra la escuela en formación. En una carta pastoral, expresó: “Declaramos terminantemente que, si la nueva Escuela Nacional, dirigida por maestras protestantes, se llevare a efecto, a ningún padre católico es lícito enviar sus hijas a semejante escuela”. Nunca en Córdoba fue inocua la posición de la Iglesia Católica; tampoco en esa ocasión, que redujo la expectativa inicial a un tercio de alumnas inscriptas.

Las 50 niñas y sus maestras fueron objeto de presión social. En respuesta al mandato eclesiástico, las mujeres cordobesas se

manifestaron públicamente expresando su repulsa a la nueva escuela, con un dato de color: sumadas a la manifestación de devotas, algunas mujeres de “vida airada” fueron repelidas por las manifestantes, aunque compartían la posición contraria a la nueva escuela.

Las extranjeras confiaban en la cordura de las autoridades pastorales porque venían de una experiencia de rechazo en San Fernando del Valle de Catamarca, menguada luego por la sabiduría del obispo Fray Mamerto Esquiú, quien había aclarado a su comunidad que esas maestras eran de otro espacio religioso pero que no eran ateas, logrando suavizar las relaciones en su diócesis.

Pero la muerte de Esquiú causó su reemplazo por el vicario Jerónimo Clara, quien no guardaba ánimo pacificador alguno.

La maestra Armstrong apeló a sus mejores dotes diplomáticas y mientras pedía instrucciones a las autoridades nacionales, buscaba caminos de diálogo con la curia. Simultáneamente, solicitó reemplazante ante el inminente casamiento de Frances Wall. En ese año intenso de 1884, los embates de la Iglesia Católica fueron tales que llegaron al papa y el Gobierno nacional, a cargo del presidente Julio Argentino Roca, respondió con igual intensidad en su posición anticlerical: defendió la educación laica y expulsó a Clara.

El desafío clerical había sido de tal calibre que el Gobierno ordenó su detención y procesamiento.

No se discutía solamente el Normalismo en Córdoba, se defendía una concepción de educación pública común, laica, gratuita y obligatoria según la ley insignia, la N° 1420, aprobada el 8 de julio de 1884. La política de Estado en materia educativa echaba raíces sólidas y no sería sabotada.

Ante la gravedad de los hechos, el nuncio apostólico, monseñor Luigi Mattera, se trasladó a Córdoba y contactó a la directora Armstrong.

La maestra le pidió que levantara el anatema que pesaba sobre la escuela; el enviado papal condicionó ese levantamiento a tres puntos: primero, se exigía que el Gobierno declarara en nota dirigida al obispo que su intención no era propagar la religión protestante; en segundo lugar, se exigía que el Gobierno nacional consintiera la educación de la religión católica dentro del establecimiento; y por último, que se permitiera al obispo visitar la escuela para verificar que se cumplía la segunda condición.

Frances, en defensa de su escuela, se dirigió al ministro Eduardo Wilde y le trasladó las peticiones de Mattera. El ministro consideró gravísima la intromisión de un ministro extranjero (el nuncio) en leyes consideradas de exclusiva competencia y jurisdicción del Congreso y el Poder Ejecutivo nacionales.

El presidente Roca decidió tomar cartas en el asunto, que consideraba de gravedad inusitada, por lo que instruyó al canciller Francisco J. Ortiz para que demandara las explicaciones pertinentes al nuncio apostólico.

El canciller, con elegancia, reprende a la directora en su carta al nuncio, señalando que ha sido reprobada por el ministro por excederse en sus facultades al solicitar el cumplimiento de lo requerido por el delegado del Vaticano. En los términos del lenguaje diplomático, se ponen en duda tales requerimientos señalando la gravedad de la intromisión para facilitar la retractación "...Su excelencia el señor presidente se persuade que vuestra excelencia no ha podido tener la intención de faltar a los respetos debidos al Gobierno, exigiendo declaraciones improcedentes (...) No puede ocultarse cuán fuera de las leyes y conveniencias internacionales se colocaría un ministro extranjero que en el seno del país en que reside, ejerciera actos contrarios a las disposiciones del Gobierno ante quien está acreditado (...)". No estaba en el ánimo del delegado de la Santa Sede rectificarse ni otorgar explicación alguna, y redobló la apuesta, exigiendo el 12



de octubre de 1884 que se lo reivindicara de una nota publicada en diario “La Tribuna Nacional” en la que se lo señalaba como “exclusivo provocador y causante de los disturbios que agitan el país (...)”.

Todo fue enrareciéndose, el canciller Ortiz lo intimó a dar explicaciones satisfactorias en el término de 24 horas y el delegado, haciendo caso omiso a toda jerarquía, se dirigió de manera directa al presidente de la Nación en tono pontificador, en carta que se transcribe parcialmente: “Mi distinguido general y apreciable amigo: (...) a responderles como conviene a un obispo católico, como indignamente soy, y hablarles del mismo modo que habla y explica la Iglesia católica y el jefe supremo de ella. Ahora, la Iglesia católica no aprueba que niñas y niños católicos vayan a escuelas dirigidas por directores y profesoras acatólicas por el peligro de corromper su fe y perder la religión santa en que nacieron, y exhorta a los padres y a las madres católicas a abstenerse cuanto es posible de enviar sus niñas y niños católicos a escuelas dirigidas por acatólicos (...) Vuestra excelencia, como católico, no puede pensar de diverso modo(...)”.

El papa León XIII dispuso el reemplazo del obispo Clara por Franciscano Tissera, quien se ocupó de dejar muy en claro que no condenaba los dichos de aquél.

¡El tenor de la disputa llegó a tal punto que se rompieron las relaciones diplomáticas con el Vaticano y no se restablecieron sino después de 18 años!

En medio de esta efervescencia, de este fuego cruzado y crisis diplomática en la que intervenían el papa, el nuncio, el vicario, la feligresía y el presidente de la Nación, el canciller, el ministro, los padres y el alumnado, estaban las “golondrinas” portadoras de las ideas de la libertad como las llamaba Sarmiento.

Evidentemente, debieron ser intrépidas estas dos Frances que nombramos y quien llegaba a fines de 1885 para reemplazar a

la novia de Thome, con el banjo en su equipaje: Jennie Feliza Howard. Pese a todo, ¡la Normal estaba en marcha!

### **3. La bruja de Clara que nunca se fué**

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 2 de Septiembre de 2019*

Cuando supieron que se iba de la escuela, sus alumnas se sintieron desoladas, el ejército del obispo Clara celebró lo que consideraba una baja que anticipaba la victoria final. Presentían que la directora Armstrong no podría sola y que pronto abandonaría también su tarea. Los rumores llegaban a las maestras, quienes callaban mientras sonreían.

Esa primavera de 1885 se presentó diferente en la ciudad. Había un alboroto aparentemente injustificado. Las vecinas comentaban que les surgían encargos en sus oficios, de la más diversa índole. Los hombres con ganas de trabajar también fueron convocados. Todos los días parecían de fiesta patronal: marchaban en grupos hacia el barrio de Los Altos. Los curiosos, que se sentían excluidos, pronto fueron llamados también a completar tareas.

En el Observatorio (jesea ocurrencia de Sarmiento!) había un montón de trabajo: se multiplicaban jardineros arreglando los parques, reponiendo arbustos y flores; albañiles reparaban alguna pared descascarada, mientras los pintores devolvían luz y brillo a exteriores e interiores.

En la cocina se preparaban conservas, escabeches; se acopiaban harinas y granos; se ordenaban licores y bebidas que llegaban en tren; se alistaban vajillas y cristalería. Toda la ropa blanca se extendía al sol en búsqueda de cualquier imperfección, para luego almidonar y disponer ordenadamente. El alboroto era generalizado, los ingleses (norteamericanos en realidad) eran muy organizados: les habían hecho saber que tendrían trabajo

por bastante tiempo. En primer lugar, debían dejar el Observatorio, sus viviendas, sus jardines y parques relucientes y bellos. También debían acondicionarse las calles para que ningún coche se quedara empantanado al subir, con las lluvias del verano. Había que esmerarse en hacer y colocar la mayor cantidad de antorchas en el predio y en el camino. La noche de la fiesta era un evento nacional: ¡se casaba el director, John Thome, con una de las maestras del Normal, esa que el obispo no quería, Frances Wall!. A medida que los días transcurrían, vieron que el trabajo se prolongaría más allá de las reparaciones. Se les confeccionó ropa a quienes estuvieran dispuestos a contribuir en el servicio de la fiesta; además debían considerar que los invitados llegarían desde muy lejos. Necesitaban que se los recibiese y atendiese, alojándolos durante su estadía, que probablemente se extendiera durante todo el verano.

Esto suponía muchos días de trabajo y en tareas variadas: Córdoba era una fiesta.

El día del casamiento finalmente llegó y el parque del Observatorio parecía un escenario al que todos los vecinos dirigían su mirada. La altura de su emplazamiento favorecía este espectáculo como si toda la ciudad tuviera plateas para verla. Los invitados hablaban en otros idiomas y había gente muy importante del gobierno también. Pero la gran noticia que corrió cuesta abajo hacia el caserío, donde se preparaban dulces y confituras, fue que una de las mujeres jóvenes que había llegado, viajando sola, era la maestra que venía a reemplazar a la novia en la escuela Normal.

¡La directora Armstrong ya tenía socia y colaboradora en su empresa: Jennie Eliza Howard!.

En la apertura del ciclo lectivo, en marzo de 1886, fue presentada a las alumnas y a los padres, aunque ya todos conocían su existencia por los rumores de la aldea.

Frances Angeline Wall de Thome se instaló a vivir en el Observatorio. Allí continuó educando a quienes colaboraban en las tareas domésticas. Les explicaba por qué existía un sector del parque destinado a la meditación y al respeto, dado que allí yacían los pequeños hijos del anterior director que no fueron aceptados en el cementerio oficial de la ciudad. Y trataba a todos con tanto amor que muchos rezaban en las noches pidiendo perdón por dudar del obispo que decía que era bruja.

Algunas mujeres decidieron aprender el idioma inglés y recibir algunas clases de cultura inglesa. Ella siempre dispuesta, en ocasiones recibía a las alumnas en su casa, y en otras iba en coche sola a los domicilios a dar las clases particulares. Generalmente, su paso era anunciado por las callejuelas de la Córdoba colonial por un enjambre de niños que gritaban corriendo detrás “¡machona!, ¡machona! ¡machona!”, dado que no imaginaban a las mujeres circulando solas y seguramente ése era el epíteto con el que se nombraba a Frances.

Y ella reía. Su casa fue destino de tertulias y visitas de amigos extranjeros y de la ciudad a la que fueron integrándose. Sus hijos nacieron en 1887 y en 1893 y, considerando que aquí construyó su familia con Thome, consideró esta ciudad la patria chica que eligió. A la muerte de su marido en 1908, ya existía el Cementerio de Disidentes, desde 1880, que había sido inaugurado con algunos escándalos previos. Allí decidió que reposara su esposo y dejó instrucciones para que a su fallecimiento la cremaran y depositaran sus cenizas en la misma tumba en nuestra ciudad. Así se hizo a su muerte, en 1916. Más de la mitad de su vida transcurrió en esta ciudad que adoptó como propia. Es lamentable que no existan referencias del paso de Frances Angeline Wall de Thome por nuestra ciudad, ni referencias en su sepultura. Es necesario señalar, antes de volver a las aulas dirigidas por Frances y Jennie, que fueron muchas las maestras que eligieron permanecer en nues-

tro país después de dedicar su vida a la docencia.

Volveremos sobre ellas pero debemos contrastar el abandono de la tumba de Wall con las maestras enterradas en la ciudad de Buenos Aires, cuyas tumbas fueron declaradas “Sepulcro Histórico Nacional”.

Se trata de Emma Nicolay de Caprile, sepultada en el cementerio de La Recoleta, en su condición de católica.

En el Cementerio Británico (en su condición de protestante) están sepultadas dos de las hermanas Armstrong: nuestra directora Frances Armstrong Bessler, y Minnie Armstrong de Ridley (Clara Jeanette Armstrong, directora de la “Normal” de Catamarca, está sepultada en Estados Unidos).

También reposa allí Sarah Chamberlain de Eccleston, conocida como la “abuela de los Jardines de Infantes”. Fue la responsable de fundar el primer jardín de infantes en Paraná en 1884 y, comisionada por el Gobierno nacional, fue enviada a presentar su experiencia en la Conferencia Mundial de Educación de Chicago, en 1893. La educación inicial comenzó en nuestro país antes que en Estados Unidos gracias a su invaluable esfuerzo.

Y también es Sepulcro Histórico Nacional la tumba de nuestra maestra reemplazante de la novia, Jennie Eliza Howard, quien dejó tan abundante e importante material sobre esta magnífica epopeya educativa.

Buceando en material tan bello, echaremos luz sobre estas maestras precursoras, olvidadas en la actualidad. Ellas dejaron la impronta “normalista” que fue replicada en cada aula que recibía a las golondrinas de las ideas de la libertad.

Solamente con educación podremos conquistar la libertad, y esas golondrinas conocían de vuelos y de saberes.

#### 4. Los embrujos que permanecen hasta hoy

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 17 de Septiembre de 2019.*

La misión fue alfabetizar e integrar una población diversa en su conformación, con nativos, colonizadores e inmigrantes. Desde que llegaron y hasta 1884, los maestros del “loco Sarmiento” organizaron, administraron y pusieron en funcionamiento 18 escuelas normales en todo el país, cifra que creció hasta 34 establecimientos en los cinco años siguientes. Ponemos el colectivo masculino porque en el contingente que arribó hubo dos maestros varones, George y Williams Stearns. Si limitáramos la alusión a las maestras, los ocultaríamos incurriendo en el reiterado error de la historia antropocéntrica y patriarcal, que invisibiliza a las mujeres.

Esos establecimientos, ubicados en las capitales de 14 provincias y en puntos estratégicos por lo alejados de centros poblacionales importantes en servicios y comunicaciones, fueron el surco donde germinaron miles de maestros, con predominio de mujeres en sus egresados.

Desde allí salieron a alfabetizar e integrar una población diversa en su conformación, con nativos, colonizadores e inmigrantes. Costumbres, lenguas y culturas que se articulaban en la construcción de un destino común.

Cuando se investiga esta historia, es imposible no conmoverse al conocer los avatares que enfrentaron todos los inmigrantes que llegaron a nuestro país en aquellos años, con idiomas y culturas diferentes.

La tecnología nos ofrece, gracias a la visión de la biblioteca del maestro, la digitalización de la Revista El Monitor de la Educación. Es posible leer allí la descripción que ofrece “nuestra” Jennie Howard en el artículo La obra de las maestras norteamericanas, con el que pretende un justo homenaje a esa epopeya.

Su testimonio, casi medio siglo después de arribo de Jennie, es de tan grande honestidad que basta con citar algunos de sus párrafos para asomar a la dimensión de tan ciclópea tarea. En el último capítulo de su libro *En distantes climas y otros años*, Jennie recuerda: “El 16 de agosto de 1871, George Stearns abrió la primera Escuela de Paraná. Al comienzo recibió solo varones pero poco después admitió alumnos de ambos sexos. Las escuelas mixtas eran miradas con poco favor, al principio, en la mayoría de las localidades, y, en general, nunca gozaban de popularidad. Cuatro maestras fueron destinadas a colaborar: Wade, Mary Conway, Miss Strong, Kimball. Luego de su renuncia, continúa la obra José M. Torres, educador español que compartía las progresistas ideas en materia de educación; el curso normal fue extendido a cinco años y en 1877 se lo convirtió en escuela superior cuyo fin era preparar profesores para la enseñanza. Torres fundó un kindergarten anexo a la escuela y creó un curso de instrucción en métodos de kindergarten, confiando la dirección a Sarah Chamberlain de Eccleston (la conocida como ‘abuela de los Jardines de Infantes’ a quienes sus discípulos erigieron un monumento a su muerte en Buenos Aires)”.

Continúa Jennie: “Se organizó también una escuela normal en Tucumán en 1872, dirigida por Williams Stearns (hermano de George); con él colaboraron Miss Wade y Mary Conway. En 1878, en Mendoza, Miss Boyd, Miss Cook, y Amy Wale pusieron en marcha la escuela normal.(...) En la ciudad de Catamarca, al pie de Los Andes se fundó una escuela normal en 1878 con directora y regente norteamericanas Clara Armstrong y Arvilla Cross. El enérgico espíritu de la primera directora y de sus colaboradoras –que fueron siete durante los primeros diez años- no se intimidó por el viaje hasta esa región, tan lejana de los centros de la República”.

Según recuerda Jennie, en aquellos tiempos no existían ferrocarriles y “leguas más leguas de llanura polvorienta y desierta” debían ser recorridas en diligencia, con los consiguientes riesgos e incomodidades.

“En el año 1879 inician la escuela normal en San Juan Miss Graham con la regencia de Clara Gillies. En el mismo año se funda en Rosario la Escuela Normal, bajo la dirección de Alcinda Morrow, Vicedirección de Clara Gilles, Regencias de Mary Youmans, Antonette Choate y Miss Gross. En 1883 es el turno de Corrientes, con la dirección de Edith W. Howe, vicedirectora Jennie Howard. En 1883, en la ciudad de Córdoba Frances Armstrong directora, con las vicedirectoras Frances Wall y Jennie Howard en su reemplazo. En el mismo prolífico año de 1883 inicia en Esquina (Corrientes) la Escuela Normal dirigida por Edith Howe, vicedirectora Cora Hill. Siguen los logros del año, iniciando actividades en Concepción del Uruguay con la conducción de Isabel King y su hermana Rachel King. El año siguiente, 1884, se inician actividades en Jujuy con la dirección de Miss Stevens, y Miss Gay como vicedirectora; en La Rioja, corresponderá organizar la escuela a Miss Strong, Miss Anette Emily Haven, Bernice Avery, Mrs. Hodges. En 1887 inicia actividades la Escuela normal de Goya con la dirección de Isabel King y su hermana Rachel King. En el mismo año de 1887, en La Plata Miss Graham, con Mrs. Dudley. En 1888 corresponde iniciar tareas a la Escuela Normal de San Nicolás de los Arroyos, dirige Frances Armstrong con Jennie Howard como vicedirectora. En ese año también inicia actividades las escuela de Mercedes, con Miss Howe; en Buenos Aires el Kindergarten con Sara Eccleston”

Se disculpa la dedicada Jennie, con sus largos 80 años por los errores y omisiones de estas memorias de escuelas y profesores cuando manifiesta que la lista era la más completa que había sido posible formular acudiendo a archivos, sin saber que ese



olvido que ella atisbó en 1931 sería profundizado en el tiempo, con exquisitas excepciones dignas de destacar.

Esta reseña aparece despojada y fría: una larga nómina de nombres de difícil pronunciación y un recorrido por toda la geografía de la Nación de ese final de siglo XIX. Tenemos bastante más que todo eso, y tenemos la deuda con los que rescataron parte de estas historias escondidas, que tienen una dosis de amor trascendente y rescataremos someramente para sorprendernos con mágicos hallazgos.

Sin lugar a dudas estos hechiceros, brujos del saber, encendieron embrujos que multiplicaron sus efectos y permanecen hasta nuestros días. Las escuelas, normales, laicas, confesionales, públicas o privadas, brotaron en distintas latitudes y nos dieron la oportunidad de construir un destino común como sociedad y un desarrollo absoluto como individuos a todas las personas que pudimos acceder a ellas.

La lectura que nos permitió recorrer el centro de la tierra con Verne, llorar la guerra de secesión con May Alcott o bailar hasta el éxtasis con Isadora. La escritura que posibilitó escribir reclamos, panfletos, gacetillas, leyes, decretos, poesías, cartas de amor o de demanda de trabajo, denuncias, ruegos y oraciones. La aritmética, largo recorrido de lágrimas que condujo al pensamiento concreto, a la administración de recursos en la economía del hogar, o en la receta de cocina, la que nos hizo conocer el valor de nuestro trabajo, la justicia o injusticia de la paga. El arte, que nos impulsó a soñar, a buscar nuevas expresiones, a abrir nuestra mente y nuestro corazón.

En la consulta de material se encuentran numerosas críticas a la educación; se extrapolan conceptos, defenestran educadores, con la liviandad y la soberbia de quien sí fue educado.

En estos tiempos donde viejas amenazas se agigantan, como enfermedades que creímos erradicadas o analfabetismo o igno-

rancias excluyentes que ya no tienen justificación posible, deberíamos convocarnos para emular aquella gesta educativa, que hechizó a alumnos y a maestros, que abrazaron esta tierra, decidiendo que sus restos reposaran bajo este cielo por siempre. “Convertir a la Nación en una gran escuela”. Ésa fue la consigna que motivaba entonces. Después de un siglo, esa consigna tiene vigencia plena.

## 5. Un hechizo perdurable

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 23 de Septiembre de 2019*

Si bien el deseo de Sarmiento al impulsar la creación de escuelas normales era lograr que mil maestros llegaran a nuestra tierra, logró que un puñado de 65 educadores respondiera a la convocatoria, y con ellos se multiplicaron los maestros en todo el territorio nacional.

Desde 1870 hasta 1884 lograron organizar y administrar 18 escuelas normales, que llegaron a ser 34 en 1889. Con criterio federal, se diseminaron en cada una de las capitales de las 14 provincias argentinas de entonces.

La transformación que produjo el hecho educativo afectó también a sus protagonistas: casi un tercio del grupo decidió construir su vida en nuestro paisaje, adoptando alumnos, lengua, costumbres y patria.

Se afirma que los restos mortales de 20 de esas maestras descansan en nuestro suelo. Invisibilizado el proceso en nuestra historia accesible y cercana, resulta difícil el rescate.

Hemos intentado localizar ese número de tumbas, más interesados en la valoración de quienes fueron en vida que en perseguir lutos o funerales.

Intentamos hallar la sepultura de Mary Olstine Graham, de quien sabemos que murió en la escuela, su escuela, el Normal 1 de La Plata, que hoy lleva su nombre. No conocemos el destino de sus restos pero sabemos que su nombre no fue borrado de la historia.

Muchos son los enamorados de esta epopeya y creemos invaluable la tarea emprendida por Rogelio Alaniz, Luis Blotta Stengel, Julio Crespo, la Biblioteca del Maestro y tantos historiadores locales o regionales que investigan la "Odisea laica". Nosotros apenas traemos una pequeña aproximación, que creemos debe llamarnos a una reflexión profunda.

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) están las tumbas de cinco de las maestras del loco Sarmiento: cuatro de ellas en el Cementerio Británico, en su condición de protestantes, impedidas de ingresar al camposanto de La Recoleta, como Juana Manso.

En estos "Sepulcros Históricos Nacionales" descansan Jennie Eliza Howard, la que pasó por Córdoba y luego de cumplir 36 años de servicio docente se retiró en 1903, y fue pensionada extraordinariamente en 1908; Sarah Chamberlain de Eccleston, experta en jardines de infantes, quien formó como profesora a Rosario Vera Peñalosa, antes egresada como maestra de la Escuela Normal de La Rioja. Allí están las hermanas Armstrong -Minnie y Frances-, ésta, quien inauguró el Normal de Córdoba; su hermana Clara Jeanette Armstrong murió en un viaje a Estados Unidos, sin embargo su nombre permanece en la Escuela Normal de Catamarca. En el cementerio de La Recoleta de la CABA está la tumba de Emma Nicolay de Caprile, quien en 1874 fundó la normal de maestras que funcionó en la quinta de la familia Cambaceres, luego en Recoleta. El presidente Julio A. Roca decretó a su muerte "Honras nacionales por sus incomparables servicios a la educación".

Si bien tuvieron destacadísima actuación las maestras estadounidenses en la ciudad de Rosario, no recibieron hasta la fecha ningún homenaje en sus tumbas; están sepultadas en el Cementerio de Disidentes de Rosario Sara Strong, Virginia Allen Vinney Disisway, Clara Gillies de Bischof -quien fue la primera regente de la Escuela Normal de Rosario, en 1879; Mary Anne Gillies de Greaven y la jovencísima Guillermina Tallon.

Vecinos de Rosario señalan la diferencia de tratamiento de quienes reciben homenaje constante en Buenos Aires y quienes son literalmente olvidadas en los cementerios del interior, como Jennie Hunt, cuyos restos fueron al osario común.

En el microcementerio de la Estancia La California, muy cerca de Las Rosas, Dpto. Belgrano, en la provincia de Santa Fe, reposan los restos de quien en vida fue Clara Electa Allyn de Benitz, que llegó con su hermana France, renunciando a la docencia para casarse y tener ocho hijos en esta tierra.

A nuestra ciudad, silenciosamente llegaron las cenizas de la bulliciosa Frances Wall, cremada en La Chacarita y sepultada en la tumba de su esposo John Thome en el Cementerio de Disidentes. Como sus colegas, Isabel King recorrió varias escuelas: estuvo en el Normal de Buenos Aires, en el de Concepción del Uruguay, luego en Goya y, requerida como directora, regresó a Concepción del Uruguay. Ante la proximidad de la muerte pidió ser enterrada en Goya, recordando cómo y cuánto la querían sus alumnos. Su nombre tampoco fue borrado de la historia: el salón de actos de la Escuela Normal Mariano Indalecio Loza lo lleva. Arraigada en San Salvador de Jujuy, adonde llegó como directora y profesora a fundar la Escuela Normal, Mary Jeanette Stevens fue apercebida por enseñar religión católica en la escuela pública; renunció a su cargo y se dedicó a la enseñanza de niñas recluidas en el Asilo del Buen Pastor.

En el cementerio municipal de Mendoza se encuentran dos amigas, quienes compartieron carrera docente y emprendimientos comerciales luego de jubiladas: Margaret Collord y Mary Morse. Ambas se desprendieron de sus bienes y regresaron a Estados Unidos; la nostalgia las devolvió a esta tierra, donde se afincaron y eligieron morir.

Nos parece imperativo rescatar estas historias porque fueron pioneras en saltar al abismo sin paracaídas, para enseñar a volar y ayudar a desarrollar alas. Iniciaron un camino que seguirían decenas de miles de personas en generaciones sucesivas con objetivos claros: democratizar la cultura, socializar los saberes, superar diferencias de orígenes, construir colectivos, atrapar sueños, aceptar desafíos y ayudar a crecer, crecer y crecer desconociendo límites impuestos por extraños.

Así vemos a aquellas maestras “importadas” y a todas las personas que abrazaron la docencia en cualquiera de sus niveles; munidas de conocimiento y formación académica, y con una condición no escrita, esencial para cumplir la tarea: una dosis de amor inagotable.

A quienes se les ocurra calificar de naif este párrafo, les invitamos a recordar sus pasos por las aulas, de uno u otro lado de pupitres y escritorios: encontrarán allí ese clima de amor que posibilita evocar el momento en que se aprendía a desarrollar las potencialidades de nuestra individualidad. Es impactante imaginar a estas maestras importadas recorriendo ese derrotero por caminos ignorados hace siglo y medio. Conocemos la transformación que sufrió cada pueblo cuando se abrieron servicios educativos, la aceptación de las localidades vecinas que nutren aulas y multiplican egresados, evitando de ese modo el desarraigo. ¿Qué sociedad podría alcanzar un alto grado de desarrollo sin la presencia de quienes transmiten saberes y ganan por siempre el apelativo de maestros?. Recuperar el respeto por tan noble y

trascendente misión, devolviendo el prestigio que la sabiduría impone, es una deuda que no puede ni debe seguir dilatándose. Esa negligencia habla de nuestra incapacidad social para advertir lo importante y desnuda la subversión de valores que nos conduce a esta realidad despiadada y con futuro incierto. Encontramos esta deuda en una ley pendiente de cumplimiento, que dispone un monumento a las maestras estadounidenses. Creemos que honrarlas a ellas y a sus miles de sucesores es obligación. Proponemos un cenotafio de homenaje permanente.

Deberíamos multiplicar los espacios de memoria de los maestros en cada localidad; agregar el registro de quienes dejaron parte importante de sus vidas en las aulas; que sus alumnos puedan reencontrar esa realidad lejana que atravesó sus temores y les hizo crecer alas; y que ese recuerdo nos nutra, generación tras generación. Quizás entonces no encontremos alfabetos a cada paso en la gran ciudad, y ya nadie nos pida que leamos instrucciones de cajeros o computadoras con barreras infranqueables para quienes no conocen las primeras letras. Será entonces cuando devolvamos la libertad perdida a aquellos que no logran articular pensamiento propio y son presa fácil para el abuso, la explotación o el clientelismo.

## CAPITULO 2: Egresadas

### 6. Rosa Clotilde Sabattini(I)

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 20 de Enero de 2016*

“Cotita” para sus amigos, nació en Rosario en 1918. Hija del líder indiscutido de la Unión Cívica Radical cordobesa, radicado en Villa María, Amadeo Tomás Sabattini, demostró brillo intelectual, osadía, pasión y terminó víctima de una tragedia. Atrapada entre las dos fuertes personalidades de su padre y de su esposo, Cotita se esforzó por construirse a sí misma y quedó sumergida en una vorágine de dolor que la sociedad y la historia procuran enterrar en el olvido.

Don Amadeo, como se llamaba a su padre, fue famoso por su austeridad e intransigencia. Hombre de pocas palabras y posiciones irreductibles, recibía en peregrinación constante a sus correligionarios partidarios demandando consejo y a los adversarios políticos pidiendo la conformación de frentes.

La impronta del ascetismo personal de Don Amadeo no tuvo éxito como prédica de aplicación para Rosa Clotilde: dueña de una belleza fresca y adolescente se enamoró de Raúl Barón Biza,

amigo de su padre, que le llevaba casi veinte años de edad. Este terrateniente cordobés era famoso por sus excentricidades y lujuriosas costumbres.

En medio de la campaña en la que Amadeo Sabattini resultó electo gobernador de la Provincia de Córdoba su primogénita menor de edad huyó con Raúl Barón Biza. No logró indemnizar a su familia casándose con su pretendiente: ese romance inauguró una fisura interna que nunca encontraría reparación.

A los treinta y dos años Rosa Clotilde ya tenía sus tres hijos, su capacidad intelectual y empeño le habían permitido egresar como Maestra Normal Nacional de la Escuela Alejandro Carbó, como profesora de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y perfeccionarse con una beca en Suiza profundizando sus conocimientos de pedagogía y métodos educativos europeos.

La consideración de las mujeres iba cambiando en el mundo cuando Clotilde atravesaba su juventud. En 1945 se habían firmado las Actas de Chapultepec, comprometiéndose las Naciones americanas a otorgar el sufragio femenino que demandaban las mujeres. También en 1945 el Coronel Perón, por medio de la Secretaría de Trabajo y Previsión organizó la Comisión Pro-Sufragio Femenino que en 1946 presidiría la señora de Perón, Eva Duarte.

Apenas unos meses mayor que Eva Duarte, Clotilde se convertiría en su principal antagonista: a los veintiocho años escribía en "La Semana Radical" un artículo titulado "La mujer en la vida política argentina" donde manifestaba "la Carta Orgánica (de la UCR), que ha de ser modificada dentro de un breve plazo, tendrá que contemplar el problema femenino; ya debió ser resuelto este aspecto en anteriores convenciones en las que fueron presentados sucesivamente numerosos proyectos para equiparar, dentro del partido, los derechos de la mujer y el hombre radical. Desgraciadamente desde el año '30 hasta casi



podríamos decir hoy, muchos otros proyectos tan importantes como el nombrado corrieron la misma suerte ante una inercia de los responsables de la dirección del partido.

Ahora tenemos esperanzas en los hombres jóvenes, capaces y activos que han asumido la completa reestructuración necesaria para retomar la corriente que hace un tiempo abandonara la Unión Cívica Radical. Sabemos que ellos no han de interponer argumentos como el del Estatuto de los Partidos Políticos, donde supuestamente no se reconocen los derechos femeninos. Entiendo que al hablar de afiliados, al decir ciudadanos estará nombrando en una acepción amplia y general del término, tanto a hombres como a mujeres. La mujer va a entrar de lleno a la vida política, es posible que muchas se afilien a partidos. Al entrar a formar en las filas de ellos, debemos hacerlo conscientemente, por eso la UCR ha de ofrecer su programa depurado, renovado e inspirado en sus elevados ideales. Así la mujer argentina podrá decidir su ingreso a esta gran fuerza política del país". (23/09/1946)

En agosto de 1946, y en las mismas páginas, Clotilde había señalado: "En estas circunstancias, se impone con urgencia la necesidad de capacitarla (a la mujer), de dar algunos toques que le permitan entrar a la política de modo que este acontecimiento deje sentir sus bondades en todas las manifestaciones de vida en el país. Corresponde a los partidos políticos cumplir esa misión, que no es posible ya dejar de tener en cuenta".

En diciembre de 1946 participó de la organización del Comité Universitario Femenino Radical, en el que dictaría numerosas charlas y conferencias de formación.

El 9 de septiembre de 1947 se aprobó en Argentina la ley que establecía los derechos políticos de la mujer, luego sancionada como ley 13010, el 23 de septiembre de 1947.

## 7. Rosa Clotilde Sabattini (II)

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 27 de Enero de 2016*

Como lógica consecuencia de la sanción de la ley 13010, que establecía los derechos políticos de las mujeres, comenzó el empadronamiento de las mujeres y la Unión Cívica Radical (UCR) nombró la “Comisión Especial de Empadronamiento y Afiliación Femenina”, a la que también se sumó Clotilde unos meses después de su constitución.

La encendida defensa del ideario radical significó exilio y cárcel para Clotilde, quien en 1946 recaló en Suiza, en 1950 en la Cárcel de Mujeres Asilo San Miguel, y en 1951 nuevo exilio en Montevideo. Destinataria del encono peronista, que la consideraba la contracara de Eva Duarte, sufrió su persecución y, aunque resulte paradójico, también su reconocimiento público ya que se la aludía como “la Barón Biza”.

En 1949 se celebró en la ciudad de Córdoba el “Primer Congreso Nacional Femenino” que fue presidido por Clotilde en representación de la Provincia. Le sobraban condiciones para tamaña responsabilidad. Venía reclamando desde la tribuna periodística la capacitación necesaria para las mujeres: “Si la mujer ha de reclamar para sí la igualdad civil, social, política, económica y moral, no se concibe que reciba una educación diferente a la de su igual. Hay en todo esto una terrible confusión dado que no se distingue entre igualdad o identidad. La igualdad, por el contrario facilitará a la mujer el desarrollo de su personalidad”.

En este Congreso lograron poner en temario: tiempo, forma y requisitos para la afiliación interna, derechos de antigüedad para las afiliadas y representación en los cuerpos directivos del partido. Clotilde fue la ideóloga indiscutida del feminismo desde la UCR, efectuando su prédica combativa en defensa de los derechos de la mujer hacia el interior del partido y hacia la sociedad en su conjunto.

En la Convención Nacional celebrada en Tucumán en noviembre de 1956 se resolvió:

1º- Solicitar al Comité Nacional que estudie y organice un plan de incremento de la actividad femenina en el partido, mediante congresos y comisiones permanentes que estudien y propugnen soluciones a los problemas de la mujer en la República Argentina.

2º- Recomendar a las autoridades nacionales y de distrito que, en la medida de lo posible, incluyan en los cargos y en general en la actividad partidaria a representantes femeninas.

Ésa sería también la convención de la ruptura, en la cual el radicalismo “Del pueblo” se escindiría del radicalismo “Intransigente” (según los nombres que se dieron a comienzos de 1957).

Arturo Frondizi llevó consigo a Nélide Baigorria y Rosa Clotilde Sabattini de Barón Biza, junto con Ruth Monjardin de Masci y María Teresa Muñoz de Liceaga.

En el período 1958-1961 la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) fue la única fuerza política con representación femenina en la Cámara de Diputados de la Nación, con cinco diputadas.

Clotilde fue presidenta del Consejo Nacional de Educación, desde donde impulsó el proyecto del Estatuto del Docente.

Con una personalidad combativa, Clotilde se sobrepuso a las dificultades que enfrentaba en su matrimonio, manteniendo la lucha que posibilitara a las mujeres alcanzar el ejercicio de los derechos que le correspondían.

La tragedia, sin embargo, la alcanzó inexorablemente cuando tenía 47 años; cuando creyó que podía poner fin a una relación de amor-odio que la lastimaba, encontró el último mensaje de violencia de su pareja y padre de sus hijos.

Por el ataque quedó desfigurada: al dolor físico se sumó el drama psicológico de quien había perdido su imagen, quien ya no lograba reconocer su identidad frente a un espejo, y aunque buscara la máscara mágica no lograría nunca más identificarse con los restos de ella misma.

Catorce años duraría esta peregrinación por la vida sin rostro, recordando el ataque a cada instante, viendo los sentimientos de piedad y rechazo de quienes miraban sus rasgos desdibujados..., un largo vía crucis que concluyó con su decidido vuelo final antes de terminar la década de los años setenta.

## 8. Rosa Clotilde Sabattini

\* Publicado en Comercio y Justicia el 3 de Febrero de 2016

¿Cuáles fueron los graves delitos que motivaron el destierro de Clotilde Sabattini de la memoria colectiva?

Las sociedades repudian a quienes osan descubrir sus miserias ocultas bajo numerosas cubiertas de hipocresía. La cordobesa, perfumada por las flores de los blasones españoles que la fundaron, bautizaron y poblaron, con un concierto continuo de campanas llamando a misa, al rosario, al ángelus o recordando otra hora para la oración, iluminada por un sol dorado y potente en toda estación, enmarcado en las sierras azules, no escapaba a la regla de toda sociedad.

Si a sus fragancias, sonidos y destellos sumamos su fuerte tradición, su vocación doctoral, sus ayunos, promesas, retiros, indulgencias y homilías desde el púlpito, podemos imaginar el rechazo que debieron experimentar ante una niña que arrasó con todas las expectativas personales y sociales que alentaban su crecimiento, pisoteando mitos, riendo de todas las sumisiones concentradas en su género desde el principio de la humanidad.

Agravaba la situación que esa niña fuera la hija de un hijo de inmigrantes que cumplía el mandato de “m’hijo el doctor”: la sociedad cordobesa, conservadora y de estirpe, no podía ser indiferente ante este gringo de doppia t que se erguía como dirigente político, representando a la “chusma” que pugnaba por sus derechos.

En acuerdo tácito, los cordobeses decidieron aceptar los diques que llevarían agua para el norte, los caminos para el sur que unirían la pampa gringa productora de bienes y las escuelas en todas partes que albergarían niños y los convertirían en ciudadanos. En el mismo acuerdo, los cordobeses nunca aceptarían la rebelión de la hija de ese hombre contra el código de conducta femenino no escrito, no cuestionado. Podemos suponer que el peronismo nunca le perdonó su irreverencia con Eva Duarte y Juan Perón.

La Unión Cívica Radical del Pueblo no la indultó por su conducta abandonada al irse con el sector liderado por Frondizi, pese a que admitían que toda la intelectualidad partidaria se sintió subyugada por la inteligencia del caudillo. Las mujeres de su tiempo la borraron de la valoración social porque su coraje, demostrado en la ruptura del mandato paterno, marital y social para buscar su realización personal como mujer, las enfrentaba con la sumisión que mantenían.

Todos trataron de reducirla a un caso policial en varios actos: el ataque con ácido, la desfiguración de su rostro, el marido suicidado, su propio suicidio, sus hijos malogrados. Omitieron considerar su valentía para elegir su destino, pese a los designios familiares que le habían impuesto el nombre de su abuela paterna y de su madre para marcar la impronta de “una mujer de hogar”.

Eludieron la ponderación de ese amor tumultuoso, en plena adolescencia con un hombre mayor, pese al cual completó su formación intelectual y mantuvo protagonismo político. Se cuidaron muy bien de reproducir las denuncias y reclamos que efectuó puertas adentro de la UCR, que mantienen plena vigencia setenta años después.

Clotilde Sabbattini libró su lucha feminista en soledad: las mujeres radicales se resistieron a organizarse con independencia de los varones y esto quitó la posibilidad de conjugar una sororidad

que permitiera reconocerse y empoderarse. Clotilde lo sabía y reconocía como causa principal de limitación a la ampliación de la ciudadanía la conducta de las mismas mujeres. En 1947 pedía “marchar juntos todos los radicales, incluidas las mujeres” explicando que “eso debían exigir las mujeres para no legitimar la exclusión partidaria”.

Advertida de la contradicción del radicalismo que, con el argumento de la igualdad construye la desigualdad, Clotilde representaba una visión destacada desde el feminismo en un partido político que adolecía de ceguera respecto de los cambios que demandaban los tiempos: el mundo reconocía los derechos de las mujeres y los radicales se esmeraban en reconocerlas “iguales en derechos” en los discursos pero “fuera de participación genuina”.

Quien entendió su lucha fue Roberto Parry, presidente de la Convención Nacional, que manifestó en 1948: “Estoy seguro de que el juicio ilustrado de esta Asamblea ha de encontrar fórmulas justas para agilizar y dar eficacia a los órganos ejecutivos del partido, reconociendo a la vez participación activa a la mujer, a la juventud y a los obreros”. Podría pensarse que Parry no pudo ver la participación activa de la mujer en la estructura partidaria porque murió poco tiempo después, pero se trataría de un error: el radicalismo es un partido machista que mantiene la resistencia a incluir mujeres, aunque hayan pasado casi setenta años de la prédica de Clotilde.

Un esclarecido Moisés Lebensohn afirmaba en 1951: “Sujetas a prejuicios y supeditación económica, sin derechos políticos para influir en la conformación social, habéis ocupado un sitio inferior en el desarrollo de la humanidad (...) los hombres ceden el paso a la mujer junto a la pared, mas no le ceden el paso a las posiciones directivas de la política, la cultura y la economía, obedeciendo a resabios feudales que aún subsisten en la Argentina. Vosotras -mujeres radicales- sabéis bien que habrá que vencer

un conjunto de factores de tipo espiritual que actúan sobre nuestras costumbres y aun sobre nuestras ideas, impidiendo la igualdad anhelada en todos los órdenes, sea el cívico, el económico o el social”.

Córdoba dispuso -sin derecho de defensa- condenar a Clotilde: la exiliaron, como en la antigua Grecia, y la desterraron de la memoria. El rescate de su fuerte personalidad y de la lucha vanguardista que llevó adelante es una deuda pendiente, que este artículo pretende comenzar a saldar con Rosa Clotilde Sabattini y muchas otras mujeres que dieron batalla a través de los tiempos.

## **9. Jolie Libois, una ninfa entre los duendes**

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 6 de Julio de 2020*

Hoy recordaba el cumpleaños de un querido amigo quien, como yo, se enamoró de esta ciudad cuando llegó y ya nunca pudo abandonarla. Bohemio y apasionado, se emocionaba cuando la recorría y descubría “duendes” escondidos que le salían al paso. Sé que el querido “Nilo” Neder aplaudiría la búsqueda que he emprendido de las “ninfas” que también habitan Córdoba, escondidas en los pliegues de la memoria sedimentada por estratos de años convulsionados.

Córdoba se enorgullece de todo aquello que la involucra y la proyecta, pero no hay un esfuerzo cierto en construir la memoria colectiva que la condujo a alta consideración en planos nacionales e internacionales.

La recuperación democrática produjo efervescencia y gran parte de la espuma cultural sofocada antes emergió para contagiar al mundo: en 1984 se realizó el Primer Festival Latinoamericano de Teatro. La producción teatral, ebria de libertad, ganó las calles,

las escuelas, los espacios públicos, los barrios, integrando a los artistas que regresaban del exilio con muchos otros de elencos americanos. Brasil, Ecuador, Colombia, Puerto Rico, México, Uruguay, Venezuela, España, Chile, Canadá, Italia, presentaron sus obras. Ese octubre de 1984 fue una fiesta abierta a un público ávido y diverso. La magia local la incorporaron grupos independientes de teatro, la Comedia Cordobesa como elenco estable y grupos de otras provincias.

Se prolongó por diez años; se llevaron adelante cinco ediciones cada dos años. Lo perdimos durante algunos años y volvió en el 2000 como Festival Internacional de Teatro del Mercosur.

Sería absurdo suponer que esta actividad teatral surgió de manera espontánea y repentina. Fue la cristalización de un largo trabajo previo que llevaron adelante las mujeres y hombres angelados.

Los generadores, los creadores siempre son difíciles de rastrear: los personalismos, internas y modas hacen que el universo más distante del grupo áulico pierda información completa o apenas se asome a los datos.

En ese Primer Festival Internacional de Teatro regresó al país, para organizarlo, un artista destacado: Carlos Giménez, creador del grupo Rajatabla, con el que recorrió el mundo desde la Venezuela que lo acogió cuando debió exiliarse.

Giménez ya había intentado en Córdoba organizar un festival de teatro en 1967, jovencísimo y con la potencia de lo aprendido en el Seminario de Arte Dramático; la huida de sus amigos por el tenor de la dictadura de Onganía lo determinó a partir y radicarse en Caracas.

Surge allí un primer dato que rescatamos en esta pretensión de recorrer la historia: podemos imaginar que en ese espacio de aprendizaje se cruzaron, además del propio Giménez, Azucena Carmona, Graciela Malvit, José Salas, Hugo Espinosa, Rafael



Reyerros y Jolie Libois -la ninfa cuyos pasos, misterio y magia queremos recuperar-.

¿Qué personaje se esconde detrás del nombre del Seminario de Teatro de Córdoba? ¿Cómo se mantiene un consenso desde 1977 en una ciudad que no escapa a los continuos cuestionamientos?

Costó encontrar sus datos, hasta que apareció el invaluable aporte de Mabel Brizuela, admiradora y continuadora de la obra de nuestra estrella oculta por las penumbras del tiempo.

Una mujer con ese nombre, vinculada con el teatro, puede suponerse extranjera, como la española Margarita Xirgu, o Lola Membrives, de la gran escena porteña, con quienes se la comparó en alguna cita. Se la puede imaginar francesa, Jolie es “bonita” en esa lengua y nos equivocaríamos, aunque parcialmente: Jolie era muy bonita. Con enorme presencia en las tablas o en el éter -como se llamaba antes a la radio-, personalmente descollaba.

Sin lugar a dudas, su imagen se nutría de su fuerte carácter: el que la hizo marchar desde su clase secundaria en el Alejandro Carbó hasta LV3 Radio Córdoba, para increpar a los responsables del radioteatro por lo deficitario de su producción. Sorprendidos ante la osadía de una mocosa de 17 años, redoblaron la apuesta y le inquirieron si ella lo haría mejor; y obtuvieron una rotunda afirmación, corroborada luego de su efectiva e inmediata incorporación.

Allí comienza la construcción de ese personaje que trascenderá para siempre a su persona: todavía es Yolanda Teresa Liboi, quien ha nacido en esta ciudad el 12 de julio de 1931.

Su crecimiento artístico es sostenido y diverso. Logra fama encabezando compañía del radioteatro del hogar. El sonido de la radio en los hogares cordobeses es constante y los romances e historias que se suceden son motivo de conversación, los protagonistas se sienten como familiares y todos concurren a las presentaciones de los elencos en los teatros de la ciudad y del

interior. Jolie concitó tanta adhesión popular que tenía un “club de fans”. Pasa a LW1 Radio Universidad, donde realiza ciclos de teatro unitarios. La distinguen en 1956 (con 25 años) con el Premio a la Mejor Actriz del Interior: en el diario Los Principios aparece durante la recepción del premio instituido por el Club de Cazadores de Autógrafos del Interior del país, ocasión en la que Tita Merello es distinguida como la Mejor Actriz Argentina.

En ese derrotero de actuación, en el que siempre buscó excelencia, se construye como “Jolie Libois”, un pseudónimo que apenas varía su nombre original y la rodea de misterio.

Será en 1957, cuando debuta con el protagónico de la obra “Del brazo y por la calle”, en la compañía de teatro independiente Brújula, y se afianza con roles destacados en otras obras, que el teatro la ganará para siempre.

Mantuvo siempre la visión del conjunto, sin embriagarse con su protagonismo natural. Preocupada por sus colegas artistas, que carecían de respaldo y protección laboral y legal, se suma activamente en la conformación de la Asociación Cordobesa de Actores. Ingresa a una incipiente Comedia Cordobesa en 1961, después de un curso intensivo del seminario de arte dramático en el que comparte experiencia con nombres reconocidos en el teatro cordobés.

Para concluir sus estudios universitarios de Letras Modernas renuncia a la Comedia pero no al teatro: funda Teatro de Bolsillo para hacer teatro de repertorio, desarrollando sus actividades en el subsuelo de Av. Colón 350. El público y la crítica ponderan el trabajo de este grupo de jóvenes artistas.

Ya ha aparecido la televisión y Jolie se suma, sin abandonar sus pasiones anteriores: mantiene su actividad en la radio y en el teatro, y sólo cosecha éxitos.

Reingresa a la Comedia rindiendo el concurso con el que se conforma el segundo elenco que lleva a escena la tragedia de Cervantes “Numancia”, y es ponderada por la crítica en su rol de España.

Pionera en la conquista de distintos espacios para el teatro, irrumpe en televisión, en Canal 10, con clásicos como “Antígona”, de Sófocles, o nuevos formatos de unitarios como teleteatros semanales.

Son las tablas y la actuación las que le dan felicidad y plenitud: está consagrada a su actividad y descubre la emoción que alienan a jóvenes decididos a participar. Quiere que ellos encuentren la formación necesaria para transmitir con éxito la propuesta de los autores teatrales y se zambulle con decisión a la creación del Seminario de Teatro: consigue autorizaciones, espacios, docentes, y logra su funcionamiento a los pocos meses de iniciar las gestiones en 1969; ese seminario continúa siendo el semillero de artistas que alimenta la escena teatral hoy, aquí y en el resto del mundo.

Sus contemporáneos dicen que era bella y subyugante, que su pasión la devoraba y la trascendía. También parece ser que la consumió porque, sabiéndose enferma, no dejó de concurrir a “su” seminario hasta poco antes de su muerte. Se despidió de sus alumnos a fines de diciembre de 1976; y se despidió de esta vida terrenal el 24 de enero de 1977. La rodearon de aplausos. En cada escenario, la huella de esta ninfa y de sus duendes sigue cosechando bises.

## CAPITULO 3: La educación pública

### 10. Algunos sedimentos de nuestra identidad

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 9 de Octubre de 2019*

Amo caminar las calles de mi ciudad, en primaveras que estallan en flores multicolores de jacarandas, lapachos, crespones y pezuñas de vaca, y tapizan veredas en lluvias postergadas y pedidas en novenarios. Disfruto el color dorado de la alfombra de hojas muertas en otoño, mientras el sol generoso entibia el corazón poblado de ausencias.

El invierno apura nuestro paso y nos obliga a abrazarnos, apretando recuerdos sorprendidos. Y el verano nos despeina, nos contagia las risas de los jóvenes reunidos en las mesas, mientras la brisa de las sierras nos convoca. Ésa es Córdoba; la que tiene una calle con un río en el medio, como dicen los extranjeros; la que enfrenta los rostros monacales de promesantes o consagrados con las ojeras de guitarreros trasnochados; la que ve llegar a adolescentes esperanzados que un día dejan de ser estudiantes aventajados para convertirse en profesionales preocupados o desocupados. Córdoba, la del encanto, del hablar golpeado y tranquilo, que se esmeran infructuosamente en imitar actores y actrices de otras latitudes.

La del humor repentino y ocurrente, que la genialidad de Cognigni y sus amigos exportaba con el nombre de Hortensia. La que llamaron la "espuma del país". La que cuestionaron porque sólo sabe de su propia existencia. La que nunca se olvida de reivindicar la gesta de los estudiantes del 18 que replicó su sismo en toda América Latina.

Córdoba, la que enamora y retiene a nuevos habitantes, adopta-

dos como hijos; la que alumbra y sostiene a los “nacidos y criados” y en ambos casos los reivindica. Cuando se destaca en las publicaciones periodísticas la ciudadanía del protagonista si es nuestro coterráneo y nos enorgullecemos, irritamos a quienes no pertenecen a Córdoba pero parece ser en defensa propia.

Resulta indispensable mantener activa nuestra memoria colectiva; recuperar los pasos de quienes dejaron huella antes que nosotros y sedimentaron nuestra identidad. Lo formulamos en términos de demanda y de propuesta: conocimos a personas trascendentes por su obra y vemos que el transcurso del tiempo las sume en olvido y desconocimiento social. Premiados o distinguidos en el mundo, si el puerto de Buenos Aires no los entroniza, serán ignotos en su propia tierra. Así sucede aún con los ciudadanos ilustres, merecedores de la distinción por su obra y trayectoria en cultura, ciencia, política, derechos humanos, deporte y defensa de las constituciones Nacional y Provincial y de la Carta Orgánica Municipal. Superado el evento, ese ilustre conocido por haber hecho algo importante o sobresalir en alguna actividad, será olvidado cuando sus contemporáneos dejen de recordarlo.

Ésa es la misión de la historia: guardar memoria para las generaciones sucesivas. El olvido se parece al ostracismo: ese castigo aplicado en la Antigua Grecia a los ciudadanos que se consideraban sospechosos o peligrosos para la ciudad. Es la lapidación de la memoria. Nosotras, las mujeres, sabemos del ostracismo al que fuimos condenadas por siglos, aunque sucediera solamente por pensarnos personas, sujetos de derechos.

En esta ambiciosa tarea de escribir cuestiones que sumen a nuestra historia y reflexión, cuento con la complicidad de amigos generosos, cuyos nombres reservaré para guardar sus energías útiles en mejores causas que resistir a posibles enemigos; sumo al haber que me enriquece cada día la generosa ingenuidad de

otros que me acercan datos, suponiendo que mi pluma pondrá la justicia que les fue negada a los protagonistas. Y, como en los juegos de la infancia, busco ampararme en quienes han develado cuestiones menos popularizadas, como historiadores, periodistas, escritores, en todos los casos justicieros.

Apasionada siguiendo las huellas del normalismo en nuestra ciudad y su efecto transformador en la sociedad, me vi envuelta en un fárrago de polémicas y múltiples derivaciones. Recordé la infaltable bomba de alquitrán con la que cada 10 de septiembre se lesionaba la estatua de Sarmiento en mi pueblo, y la blanqueada apurada a la que era sometida en la madrugada siguiente, para que todos acudieran al acto de conmemoración. A la par de quienes lo defenestran, encontré a quienes lo reivindicaban, descubriendo una novedad que consideré necesario difundir.

Aunque la historia argentina, escrita desde Buenos Aires, indica que el presidente Edelmiro Farrell, en 1945, estableció como efeméride nacional el día 11 de septiembre para conmemorar el Día del Maestro, hay mayores datos omitidos dignos de ser rescatados, particularmente para los cordobeses.

Algunas fuentes señalan que esa decisión se correspondía con lo resuelto en la 1ª Conferencia Interamericana de Educación, celebrada en Panamá el 10 de enero de 1943, que propuso establecer el 11 de septiembre como Día del Maestro para todo el continente americano.

Antes de todo eso, hubo un cordobés interesado en revalorizar a Sarmiento: se trata de Miguel Rodríguez de la Torre. Educador y periodista, formado intelectualmente en el Seminario de Nuestra Señora de Loreto (donde probablemente conoció al cura José Gabriel Brochero), luego egresado del Colegio Nacional de Montserrat. Hablamos de una posible amistad por una foto compartida por su bisnieta y querida amiga de la autora de esta nota, que muestra a ambos.

Miguel, nacido en Córdoba en 1871, fue periodista, político, docente y escritor. En los escasos datos que encontramos figuran sus publicaciones en diferentes diarios del país: “El Interior”, “El Debate”, de Zárate; “El Fígaro”, de Río Cuarto; “Mercurio” y “La Evolución”, de La Plata; “Sarmiento”, de Capital Federal; “El Destello”, “La Abeja”, “La Constitución”, “La Patria”, según registra el Proyecto Culturas Interiores, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Finalmente, publica en “Comercio y Tribunales” (antecedente de Comercio y Justicia).

Como escritor abordó la poesía en Oda a España, y el ensayo en Higiene Escolar. En su rol político fue legislador por el departamento San Alberto desde 1909 a 1911. Su preocupación por la educación lo llevó a participar del Congreso Pedagógico de 1912, en el que bregó por una remuneración equitativa para los maestros como condición para elevar la calidad educativa y dignificar la tarea docente.

Nos interesa un acto que merece especial rescate: Miguel Rodríguez de la Torre fue el primero en plantear un homenaje a Sarmiento, ese cuyano alborotador que describe García Hamilton, responsable de tan antigua grieta.

¡En la ciudad que persiguió a las maestras norteamericanas llegadas para poner en funcionamiento la Escuela Normal, Sarmiento encontró a quien inauguró el más prolongado homenaje a su labor como padre del aula!

Fue en 1911 cuando Rodríguez de la Torre solicitó al presidente del Consejo de Educación de Córdoba, Carlos Díaz, que se declarara “Día del Maestro” el 11 de septiembre. Tembló la casa de las brujas de La Rioja y General Paz con el entusiasmo que generó la ocurrencia. Aprobada la propuesta el 11 de julio de 1911, Díaz la elevó al ministro de Gobierno, Justicia e Instrucción Cívica, José del Viso. Se agregaba que ese día evocativo pudieran

los docentes recibir atenciones y regalos, como reconocimiento por la labor desarrollada con un “sueldo exiguo e insuficiente para llenar necesidades primordiales de la vida”. El gobernador Félix T. Garzón, sin dudar, firmó el decreto el 12/7/1911, por el que instituyó la celebración, declaró día feriado para las escuelas de la Provincia y suspendió durante ese día la prohibición de recibir regalos de sus alumnos.

Nos parece insuficiente que el reconocimiento efectuado a este auténtico precursor sea el enorme honor representado en dos escuelas de la provincia que llevan su nombre, en barrio Alto Verde de esta ciudad y en Chazón, en el interior provincial: es necesario rescatarlo en la memoria de la ciudad, de la provincia y del país. El decreto presidencial del 45 sólo reflejó lo que el cordobés Rodríguez de la Torre logró en 1911.

## **11. El centenario de la reforma universitaria**

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 6 de Febrero de 2018*

Este año se cumple un siglo del grito libertario que dirigió “la juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América”, según el histórico Manifiesto Liminar.

Es profusamente difundido el reclamo de los estudiantes tendiente a lograr la democratización de la enseñanza. Este grupo de jóvenes osados bregaba por la libertad de cátedra, la asistencia libre, la docencia libre, la cobertura de cargos docentes por concurso, la publicidad de los actos universitarios, y la extensión cultural de los claustros a la sociedad.

La cohesión demostrada en la huelga de los universitarios provocó la intervención del Presidente de la Nación y se iniciaron los cambios demandados, expandiendo esta reforma a las demás universidades del país y de América. Cincuenta años antes del



Mayo Francés, los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba enarbolaron la bandera democratizadora desde los techos del Hospital Nacional de Clínicas.

Cuando se reduce el análisis al gobierno tripartito, características de los exámenes, material de estudio, condiciones de los docentes, se corre el riesgo de minimizar un hecho trascendente y limitarlo al universo estudiantil.

Nada más alejado de la realidad transformadora que este hito representó en la historia de nuestro país y de América.

Es necesario revisar cómo era la sociedad cordobesa previa a la Reforma Universitaria. Como en todo el país, la dirigencia tenía una concepción elitista del ideario del ordenamiento social colonial. Y prolongaba el sueño de una “nación blanca”, con absoluto desprecio por los grupos de pobladores originarios y por la reducida población africana que sobrevivían, pese al deseo de emblanquecimiento propiciado mediante el mestizaje. Ese sentimiento de superioridad blanca, hispanista y cristiana sostenía la continuidad del racismo originado en la dominación colonial española.

Esa aldea del interior, invulnerable al desembarco de los puertos, procuraba mantener a esa otra gente dentro del sistema, pero como inferiores a los que se podía explotar económicamente o usar como chivos expiatorios políticamente. La tesis de Juan Manuel Zeballos, licenciado en Historia de la UNC, describe esta realidad de sociedad críptica, estratificada en clases sociales similares a castas, en acertadas y puntuales pinceladas.

Es difícil imaginar que los estudiantes levantados contra la autoridad universitaria, elitista y clerical, hayan dimensionado las consecuencias mediatas de su insurrección.

La universidad, concebida como centro democrático de acceso a los saberes, posibilitó que confluyera en ella una cantidad cada vez mayor de los históricos excluidos. Llegaban paulatina y

sostenidamente desde los lugares más recónditos de las provincias pobres; los hijos de los inmigrantes, que trabajaban en el campo; los hijos de los criollos y mestizos, que trabajaban en fábricas y obrajes; las hijas de quienes trabajaban en servicio doméstico. Unos y otras iluminaron las calles con su juventud y desenfado. Llenaron la ciudad con tonadas multicolores. Vestían con la ingenuidad y pobreza con que transitaban sus pueblos.

Se afincaron en las pensiones estudiantiles que aparecieron como alternativa productiva para mujeres viudas o matrimonios grandes con viviendas circundantes o cercanas a hospitales o facultades.

Sus presencias revolucionaron costumbres y corazones. Romances de estudiantes con mayor o menor fortuna. Radicación con o sin título. Regreso al terruño dejando sus huellas. Las noches de serenata, los asados o guisos tumultuosos, los vecinos solidarios.

Los jóvenes que llegaban fueron más o menos sospechados, según la época, pero siempre vividos como revolucionarios que perseguían una utopía: acceder al saber transformador, sin reconocerse como grandes agentes de cambio. Compartían sin empacho ni pudor los saberes aprendidos con quienes acertaran a estar cerca, convirtiendo a cada vecino en una suerte de “doctor” improvisado. Integrados con la espontaneidad de la gente de pago chico, construyeron vínculos afectivos, creciendo como personas y haciendo crecer a la sociedad que los recibía. Venían de la carencia y, por tanto, no se sentían elegidos, no integraban una élite: reconocían a los obreros como a sus padres y familiares y con ellos compartirían sueños por siempre, aún cuando logran egresar de ese cenáculo antes cerrado y prohibitivo.

La Reforma Universitaria convirtió a la Universidad de Córdoba en destino soñado por millares de jóvenes que dejaron su impronta en la ciudad y, cuando se marcharon, llevaron con ellos saberes académicos y vivencias humanas irrepetibles, que ateso-

raían por siempre, donde quiera que fuesen. La ciudad los cobijó, se hizo grande y creció con ellos. Aceptó diferencias y matices; entendió rebeldías e injusticias; descubrió y acunó creaciones culturales diversas; se vistió de fiestas, de heroísmos, de lutos. Se amalgamaron, se unieron, de una manera indisoluble.

No podría nadie imaginar esta ciudad sin su universidad. No podríamos haber construido una sociedad en la eterna búsqueda de la equidad, si no hubiéramos registrado la diversidad de sus integrantes. Y el efecto transformador se extendió por el mundo: cuando se distingue un académico destacado que reconoce su formación en la UNC, volvemos a conmovernos, a ratificar la importancia de la educación pública, su gratuidad y su laicidad. Del mismo modo ocurre con los que compartieron o comparten las vivencias de los estudiantes, saben que podrán confiar en ellos: no son otros, son parte de sus entrañas. No habrá etapa de la vida tan feliz como aquella en la que transitamos las aulas universitarias, con más sueños que pasado; descubriendo amores y olvidándolos; conociendo límites y rebelándonos; aprendiendo a pensar con autonomía para evitar que nos dominaran; con menos capital económico que un lumpen y los bolsillos llenos de recuerdos imborrables. Amparados por una solidaridad inagotable.

Cuando se pretende reducir la educación a un contrato económico que garantizará la diferencia sustitutiva de la inversión se enarbola una filosofía exclusiva y excluyente que retrasa muchos siglos. Imperante hoy, está conduciendo a la sociedad a la destrucción de valores y personas. No es casual. Es causal. Es político.

Cada vez que se amenace la educación pública volvamos nuestros ojos a esta ciudad, (pequeña muestra del mundo) y levantemos las banderas de la Reforma. Será ella la que conduzca a la humanidad a reconocerse iguales en cualquier condición o circunstancia. Lograremos la equidad pretendida, con la música

bohemia que nos una en el sentimiento y la erradicación del dios dinero que nos separa.

## **12. La educación pública en cuestión..**

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 29 de Agosto de 2017*

Es altamente preocupante que la Corte Suprema de la Nación se demore en resolver el planteo de los padres salteños, quienes reclaman el derecho de sus hijos a recibir educación laica en la escuela pública.

Hay cuestiones sociopolíticas que merecieron luchas de años, décadas, siglos y parecen estar saldadas, hasta que al menor descuido los aparentemente derrotados vuelven a la carga tratando de sorprender a los más incautos. Algo de eso ocurre con aquella vieja discusión relativa a la educación, que en nuestro país, tan afecto a las luchas intestinas, enfrentó a familias enteras.

Desde la sanción de la ley 1420, que establecía la educación común, gratuita y obligatoria, quedó pendiente el pedido de la iglesia Católica de enseñar religión en el horario escolar. Aunque había logrado prevalencia el carácter laico de la escuela pública, la ley no se pronunció al respecto y quedó establecido que la enseñanza religiosa era opcional. Esto significó que desde hace 130 años la discusión y la lucha silenciosa entre dos sectores que no coinciden, subsistan. A cien años de aquella ley que pretendía acercar el derecho a la educación gratuita a todos los habitantes, sin que importara su condición económica, como modo de superar las diferencias sociales, el presidente Raúl Alfonsín impulsó el Congreso Pedagógico Nacional.

La ideología política se apropió de un debate postergado por años y quedaron defendiendo la concepción de escuela pública

estatal los militantes del radicalismo y del comunismo.

En la concepción contraria, que contempla la educación pública de gestión estatal o de gestión privada, en la cual el Estado nacional contribuye a sostener los costos, se encolumnaron la Conferencia Episcopal Argentina, los partidos Demócrata y Justicialista, la Unión de Centro Democrático y el Movimiento de Integración y Desarrollo. Con una militancia de “guerra santa” que, por supuesto, tuvo éxito. En la provincia de Córdoba, el debate también fue virulento. La sanción de la ley 8113, que establecía el carácter laico de la educación pública, significó que a todos aquellos miembros de la Comisión Representativa que sostenían este postulado, limitados a las minorías religiosas, el radicalismo y los representantes de la izquierda (y luego los representantes políticos que defendieron el texto en la Legislatura Bicameral), fueran prácticamente señalados como herejes a quienes se podía aplicar los tormentos previstos en la Inquisición si ello hubiera resultado posible, según los deseos de monseñor Primatesta y sus dirigidos.

Desde el año de sanción, 1991, hasta su derogación en 2010 por la ley 9870, la situación de la educación navegó por la misma incertidumbre al no cumplirse estrictamente la norma legal, porque todos temían esa suerte de “excomuniación tácita”. La ley nacional 26206 tampoco logró establecer claramente el derecho de los niños y sus padres a no recibir educación religiosa en la escuela pública en el horario escolar.

En tiempos cuando la intolerancia religiosa y el afán de imponer por la fuerza un credo sobre el resto están conduciendo a masacres cotidianas, no puede comprenderse que la iglesia Católica pretenda avanzar con la difusión de su credo en las escuelas públicas.

¿Cuál será el respeto dispensado a los padres que profesan un credo diferente y quieren educar a sus hijos en sus valores? ¿Cuál el dispensado a los agnósticos, librepensadores o ateos? ¿Quién

dimensiona la violencia a la que es expuesto un niño al que sus padres solicitan quede exento de la clase de religión, señalado por el resto de sus compañeros en clase? ¿O la violencia inversa que sufre el padre que procura evitar la discriminación del hijo y consiente que reciba los postulados de una fe en la que no cree, para generar fisuras internas en el hogar luego? ¿Acaso se acude a ministros del credo para impartir los dogmas pertinentes? ¿o se exige a los docentes, que pueden ser de cualquier religión, que enseñen la católica?

Pregonamos que la escuela instruye, socializa, promueve, pero es la familia la que educa en valores. Parir al hijo es entregarlo a la vida autónoma. Llevarlo a la escuela es entregarlo a la sociedad. Sería atinado esperar que ese hijo pueda ser autónomo en una sociedad madura que no persiga ni discrimine ni imponga. A quienes estudiamos teología se nos instruyó acerca de las virtudes teologales, que son básicamente tres: la fe, la esperanza y la caridad, todas ellas insufladas por Dios para amar a Dios. La primera, para creer en Él. La segunda para confiar y esperar en Él. Y la tercera para amarlo a Él y al prójimo como a nosotros mismos.

¿A quién se refieren las enseñanzas cuando aluden al prójimo? Sencillamente al próximo, al otro. ¿Cómo conjugan estas tres básicas virtudes si reduzco al otro solamente a aquellos que comparten mi fe? ¿Le estoy exigiendo ser católico para considerarlo otro ser humano, próximo a mí?

Estas y tantas otras inquietudes estallan cuando se contrastan con otra verdad revelada, aquella que establece el “libre albedrío” que dispone el ser humano desde su creación, y por voluntad divina. Ese que hace al hombre elegir en libertad y hacerse cargo de sus decisiones.

Que el cristianismo, que padeció catacumbas y circos romanos, insista en la persecución de aquellos que provienen de otras

culturas y cosmogonías es sumamente inquietante. ¿Acaso concibe un Dios que juega a los dados con los seres humanos que nacen bajo diversas culturas y revelaciones, y ya ha predestinado a sus elegidos?. Parece que los representantes de la Iglesia Católica y sus fuertes escuderos hacen jugar a Dios un partido chiquito. Le quitan grandeza. Le niegan amor.

Los más enardecidos defensores se parecen a Torquemada, pretendiendo erigirse en dioses terrenales con poder absoluto sobre la vida del resto de los mortales. Hemos visto este fanatismo en dictadores que se creyeron iluminados. Las imágenes de Franco, Hitler, Goebbels, Himmler, Videla y el resto de los tiranos, defendiendo los valores cristianos en público aunque en privado cometieran los atropellos más aberrantes contra la mayor creación divina: la vida humana.

Cada vez que un militar accedió al poder, se acopló a la más retardataria expresión religiosa para construir un mito según el cual la argentinidad sería más refulgente si era militar y católica.

Quienes hemos padecido los abusos de poder de estos “traductores-traditores” del mensaje de un Dios del amor a un Dios del terror pretendemos supervisar la fidelidad del mensaje que se transmita a nuestros hijos.

Quienes, en su libre albedrío, han elegido otra opción vital, tienen derecho a que su credo sea respetado.

Que la Corte Suprema de Justicia de la Nación demore en resolver el planteo de los padres salteños reclamando el derecho de sus hijos a recibir educación laica en la escuela pública, es altamente preocupante. Que el Presidente de la Nación y miembros de su gabinete manifiesten “simpatía” porque se imparta educación religiosa en la escuela pública debe constituir una señal de alarma.

Con la esperanza depositada en un dios omnisciente, descontamos que encontrarán mejor favor aquellas personas íntegras en

el respeto por la libertad del otro, con independencia de su fe o de su ateísmo o agnosticismo.

Será ése, sin duda, el rol que compete a los siempre denostados radicales que han sostenido desde sus orígenes la necesidad de separar iglesia y Estado. Quienes llevamos estas banderas y libramos estas batallas hablamos en nombre de las minorías. Hablamos en nombre de nuestra libertad.

Creemos en una sociedad de hombres y mujeres nuevos que puedan construir vínculos armoniosos, respetando las diferencias que el próximo o el más lejano tengan. Una sociedad que no se funde en el temor ni en la persecución, ni en la discriminación sino en valores de respeto mutuo y en el cumplimiento del precepto máximo de todas las religiones, que el cristianismo expresa como “amar al otro como a ti mismo”.



## Epílogo

### 13. Ciudades de tiza y pizarrón

*\* Publicado en Comercio y Justicia el 3 de Diciembre de 2019*

Somos afectos a celebrar onomásticos, aniversarios, trayectorias. Nos gustan los números redondos: parece importante cambiar de lustro, de década, de centuria, como si cada día que nos conduce a esa totalidad fuera menos trascendente. En realidad, el desafío es generar, luego nutrir, sostener, para finalmente trascender.

Los números son mágicos y tratan de interpretarlos quienes abordan ciencias ocultas, buscando el destino determinado para las personas.

Los números son perfectos y desafían de manera constante a quienes construyen con ellos realidades remotas, sean matemáticos, físicos, filósofos, diseñadores de sistemas informáticos, ingenieros o astrónomos.

Los números son absolutos y anotados en estadísticas interpe-lan a unos y a otros.

Hay habilidades humanas que modifican esas aserciones y niegan magia, perfección y absolutismo a los números: descon-fían de pronósticos de apocalipsis o fin de los tiempos (pero toman recaudos para ponerse a salvo en esas hipótesis lejanas). Pretenden dar por cancelados teoremas y ecuaciones, aunque siempre puedan ofrecer una variación inesperada que suponga

una nueva perfección. Y ese absoluto tan relativo, que se consigna en estadísticas espantosas, de muertes, enfermedades o pobreza; o estadísticas felices de vidas increíbles, maravillosas y fantásticas. Nunca reparamos en qué representan esos números absolutos: si somos parte de la estadística el “uno en un millón” es todo para cada uno de nosotros, para bien o para mal.

¿Adónde apuntamos, divagando sobre números? Tratamos de señalar que son una herramienta más a considerar: nos indican fragilidades o consolidaciones, según se mire. En los proyectos institucionales nunca es accidental la permanencia. Su perdurabilidad habla de sus efectos y consecuencias.

Usamos los números para medirlo todo. En cada decisión estamos cargando sobre nosotros la historia de la humanidad. Los números arábigos traen hasta nosotros la cultura árabe que no pudieron borrar las guerras santas, como los ojos almendrados que se distribuyen por todo el Mediterráneo y sus descendientes. Cuando medimos el tiempo aceptamos convenciones internacionales: nuestro calendario gregoriano podría remitirnos a otros modos de contarlo, si siguiéramos el cómputo de los grandes astrónomos americanos que dejaron sus testimonios en México antes de la caída de su imperio.

Los mayas tienen aún muchísimos mensajes por ser develados, precisiones que aún no ha logrado el Occidente europeo victorioso. Hay convenciones culturales que remiten a concepciones religiosas. Aunque ya no usemos la expresión “después de Cristo”, ése es un cómputo. Por su parte, el judaísmo lleva su propia cuenta mientras aguarda al mesías.

Nos impacta recordar que se cumplieron 30 años de la caída del muro de Berlín: ver que se derribaba piedra a piedra, que se reunían familias separadas durante más de 28 años, hicieron que sus lágrimas fueran nuestras sin imaginar los nuevos muros que se multiplicarían luego de su desaparición.

La dictadura del Generalísimo “por la gloria de Dios” Francisco Franco se prolongó sangrientamente por casi 40 años de modo efectivo; y superó por casi otros 50 años el control de esa España que nunca volvió a ser República. Fue casi un decreto el de José Sacristán en la película, cuyo nombre no recuerdo, cuando interroga a su interlocutor: “¿No vamos a pasarnos 40 años hablando de aquellos 40 años, no?”. En efecto, nunca hablaron de sus propios muertos, aunque salieron a buscar muertos de extramuros; no revisaron atrocidades, no condenaron crímenes, rindieron honores permanentes al dictador y sufren las remezones de esos gritos silenciosos de torturados, muertos y exiliados que nadie reivindicó.

En esa tónica comparativa, que seguramente merece un análisis específico y pormenorizado, nuestra Latinoamérica flagelada por golpes y dictaduras exhibe un único caso de justicia reparadora que aún sacude instituciones y prestigios: el juicio a las juntas militares, llevado adelante por iniciativa exclusiva de Raúl Ricardo Alfonsín, mientras en todos los países de la región subsistían gobiernos militares.

Han pasado 34 años de aquel histórico juicio fundado en las investigaciones de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Es demasiado poco tiempo para el ejercicio de amnesias oportunistas, desmemorias y manipulación histórica. Aún continúan activos los estrados judiciales, a pesar de los sectores que le bajan el precio a la gesta de aquel valiente demócrata que contagió su coraje civil a tantos otros. La figura trascendente de Alfonsín debe ser reivindicada. Si los relatos que nos cuentan historias pequeñas no hubieran sido destinados a mellar su brillo, probablemente fuera el más meritorio premio Nobel de la Paz de la historia.

Usamos nuestras capacidades para denostar de modo permanente y, de ese modo, perdemos de vista un hecho político sin

precedentes en el mundo, protagonizado por un ciudadano que, esgrimiendo como única arma la política, logró que nuestro pueblo produjera una bisagra en la historia sintetizada en dos palabras: “Nunca más”.

El muro y su caída; Franco y su permanencia; nuestra democracia y nuestro juicio a las dictaduras: períodos que se miden con números parecidos, con la exactitud de hechos específicos; el absolutismo en sus consecuencias, la relatividad de las lecturas parciales, y la magia de lo que generaron en cada caso en los individuos que protagonizaron directa o indirectamente esos tragedias y epopeyas, según el caso.

Nunca me cansaré de repetir que muchas de las respuestas del presente y del futuro se encuentran en el pasado. Eso es lo apasionante de la historia. Y ésta es la razón del interés en desvirtuarla o manipularla con alguna deshonestidad intelectual. Siempre habrá visiones desde distintas perspectivas. Serán complementarias, pero difícilmente sean contrapuestas si se respetan los hechos.

El año próximo se cumplirán 150 años del comienzo de actividades de las escuelas normales. Durante un siglo formaron millares de maestros que se multiplicaron como estrellas alumbrando el cielo de la República. Pretendían erradicar el analfabetismo, enseñar la lengua nacional e instruir en derechos para formar ciudadanos. Hace medio siglo se decidió que la formación de maestros fuera de nivel terciario. La escuela continuó con su formato, con algunas pequeñas modificaciones, ahora más horas de lengua, mañana menos de ciencias... Hoy se cuestiona la formación que brinda la escuela con las herramientas de análisis que aportó ayer. No podemos hacer la lectura contrafáctica imaginando una sociedad que no hubiera conocido la educación pública, laica y gratuita que nos condujo hasta hoy. Aquellas capitales de las provincias se convirtieron en ciudades

de tiza y pizarrón que recibían en internados alumnos de localidades lejanas y los devolvía maestros. Pocas políticas de Estado se han sostenido en el tiempo. Es necesario admitir que alguna clave hemos perdido para no lograr contener a los alumnos en el sistema y para que ya no confíen en aquel prestigio que otorgaba al saber el valor suficiente para desafiar al futuro.

Atareada en otros menesteres debí dejar estas líneas y en pocos días explotó Chile, implosionó Bolivia, Perú escondió sorpresas, Ecuador se mantiene en alerta, Brasil palpita, y toda América está en vilo. La tensión del continente nos devela inequidades inadmisibles en el siglo XXI.

Y también nos enfrenta a los saberes que olvidamos o “desaprendimos”: el diálogo para la comprensión recíproca, la participación política en el marco del respeto institucional, el reconocimiento genuino a los nuevos derechos conquistados, la responsabilidad cívica que a cada actor de la democracia corresponde, la valoración de la paz y de la vida, por sobre los modos diversos de violencia.

Volvamos a discutir qué educación necesitamos para construir una sociedad que integre a todos sus miembros, con una inclusión efectiva, superando el mero discurso, promoviendo el bienestar general, evitando que cada tema potencie nuestras diferencias hasta llegar a enfrentamientos irreconciliables.

Aunque tenga mala prensa, sólo la educación abre los caminos del mundo.

## Colofón

### Golondrinas de la libertad

Este hermoso libro que publica el programa de Niñez y Juventud de la Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Córdoba, cuenta parte de la historia de las primeras maestras que llegaron a la ciudad de Córdoba “las golondrinas de la libertad” que desde las aulas de la Escuela Normal Nacional de Maestras que abrió sus puertas en 1884 formaron a las docentes que les enseñarían a volar a las niñas y los niños de la Docta.

La historia arranca con la convocatoria del Presidente Domingo Faustino Sarmiento a los docentes, que fuera publicada en los diarios de Estados Unidos y la respuesta de un grupo de 65 maestros norteamericanos, 61 mujeres y 4 varones, que respondieron al llamado y llegaron a nuestro país entre 1869 y 1898.

Ellas, Angeline Wall y Frances Armstrong, luego llegaría Jennie Howard, serían las primeras educadoras, no serán el primer colectivo feminista que tendrá La Docta, pero si del que hay algunos registros, aunque sus nombres sean desconocidos por

la mayoría de las personas que transitan nuestra ciudad.

El libro reúne los escritos que la profesora y abogada Alicia Migliore, publicara en el diario Comercio y Justicia entre el año 2016 y el 2019.

Estas maestras sembraron las semillas del “normalismo” en Córdoba Argentina y se transformaron en las primeras “sororas” de Pueblo Alberdi, desde las aulas del Colegio Normal de Profesores, su nombre a partir de 1913, justo frente a Plaza Colón. Ellas fueron marcando el camino de construir redes, para alcanzar la igualdad entre las mujeres y varones que empezaban a llegar a nuestro país desde diferentes partes del mundo, pero también para sumar a nuestro “gauchaje”, los descendientes de nuestros pueblos primitivos y también de los pocos negros que descendían de esa colonia que alguna vez fue Córdoba de la Nueva Andalucía.”

Los presidentes Sarmiento, Roca y Avellaneda, vieron en la educación laica, la herramienta para transformar la realidad y allí estuvieron ellas para accionarla. Las maestras llevaron adelante la idea de cómo hacer un país teniendo de base a la educación. La educación es progreso y el progreso abre las puertas a la prosperidad de una nación. Durante estas gestiones presidenciales se construyeron más de 800 escuelas en los territorios que constituían la República Argentina.

Las docentes de origen norteamericano, sin saber una palabra de castellano, se embarcaron hacia un país que estaba en cimientos. Con un contrato de 3 años y un sueldo que era el doble o el triple de lo que cobraban en su país. Las maestras y maestros respondieron a la convocatoria realizada por el presidente Domingo Faustino Sarmiento entre 1869 y 1870, que al conocer el resultado del primer Censo Nacional quedó espantado, el país que estaba naciendo tenía un 71% por ciento de su población analfabeta.

Este era el momento para que llegaran “las golondrinas” con sus ideas de progreso, porque educar es progresar.

Todo pasó a fines del siglo XVIII. Los recién llegados primero iban a la Escuela Normal de Paraná, donde en poco tiempo aprendían castellano y luego se distribuían por el país. Así llegaron a la Escuela Normal de Profesores, en Pueblo Alberdi Frances Armstrong, su primera directora y Angeline Wall. Luego llegaría como reemplazo Jennie Howard.

Pero no todo fue fácil, la campaña antilaicista fue su “primera cruzada” con la Iglesia Católica, que hasta ese momento regía gran parte del entramado de la vida civil de la sociedad cordobesa. Lo que estaba permitido, lo que era tabú y hasta las normas sociales y de las buenas costumbres para la época, tenían el visado de la institución religiosa. El Obispo Jerónimo de Clara era el arzobispo de Córdoba y no veía con buenos ojos la llegada de las maestras, que no solo eran mujeres y venían a educar, sino que también practicaban la religión protestante.

Ellas venían a formar educadoras y educadores, que enseñarían sobre la base de una educación laica y esto hizo que el obispo de Córdoba les declarara “la guerra santa”. Ahí encontramos “La vieja dicotomía entre Iglesia y Estado” que perdura en nuestro país hasta la actualidad. Cabe recordar que para la llegada de “las extranjeras” en la ciudad no había registro civil y la Iglesia Católica, realizaba en sus libros las inscripciones de los nacimientos, casamientos y defunciones como también controlaba socialmente la educación de las niñas y mujeres. La diócesis, veía con malos ojos la formación de las niñas, a la que se le reservaba las tareas dentro de la casa, y que eran las labores hogareñas, la crianza de niñas, niños y los cuidados de los adultos mayores. Su religión también hizo que no siempre fueran vistas con buenos ojos por las señoras de la sociedad de esa época.

Las maestras norteamericanas al empezar a formar y educar a



las niñas y las mujeres de La Docta, comenzaron a cambiar el destino de las mismas. En nuestra ciudad como en todo el territorio nacional, las mujeres tanto de clase media como de clases más acomodadas, tenían reservada la vida privada o del hogar. Las niñas solo recibían educación en quehaceres hogareños, que eran impartidos en sus casas, de generación en generación, por sus madres y abuelas que les trasmitían las habilidades, conocimientos y destrezas para llevar adelante un hogar. Muy pocas sabían leer y escribir, carecían de derechos civiles ni tenían derechos políticos. No disponían de dinero ni de propiedades. Y a la muerte del padre pasaban a la “tutela” de un hermano o tío. Así a una mujer solo le quedaban dos caminos. Un camino era casarse, tener hijos, “cuanto más niñas y niños había en la casa, había más amor” se decía por esa época, que también incluía las tareas del hogar y el cuidado de sus padres, tíos y suegros cuando empezaban a envejecer porque “eran cosas de mujeres, que ellas hacían por amor”. Actualmente los movimientos feministas lo consideran “trabajo no remunerado” mandato con el que crecieron muchísimas generaciones y que recién ahora comienza a discutirse. El otro camino era el convento. Y las que no se casaban ni iban al convento quedaban para “vestir santos”.

Las maestras norteamericanas se transformaron en las primeras “sororas” de Pueblo Alberdi, entendiendo a sororidad del latín sóror “hermana” y e-idad relativo a “calidad de”. La sororidad es una dimensión ética, política y práctica del feminismo.

La sororidad trata de acordar de manera limitada y puntual algunas cosas con cada vez más mujeres. Sumar y crear vínculos. Asumir que cada una es un eslabón de encuentro con muchas otras.

Sarmiento encontró en su mayor locura su proyecto político, el de abrir escuelas para que todas y todos puedan acceder a una educación y si hay educación hay progreso.

Ellas enseñaban lengua castellana, que fue la manera de empe-

zar a unificar la nación que estaba empezando a dar sus primeros pasos, a las hijas y los hijos de los diferentes sectores sociales y de origen como eran los gauchos, los inmigrantes y algunos pocos niños originarios aprendieron un lenguaje común. Las maestras les enseñaron a escribir y también aprendieron a leer, los hicieron entrar a la modernidad y empezaron a entender los principios de igualdad y de libertad. Comenzaron a multiplicarse las y los docentes. Las niñas se transformaron en maestras y comenzaron a trabajar en las distintas escuelas de la ciudad y de la provincia que se iban abriendo. Entonces un grupo de mujeres alcanzó la independencia económica.

Estas primeras sororas les enseñaron a las niñas y niños que tenían derechos y marcaron el camino para empezar liberarse de la ignorancia y la sumisión.

Pero este primer colectivo femenino trajo otras prácticas, era común para la época verlas caminar solas por las calles de Pueblo Alberdi y a su paso las niñas y niños gritaban “las machonas, las machonas”, porque en esa época la mujer no caminaba sola por la calle y solo lo hacía, del lado de la pared y con un varón de su familia. Angeline Wall fue una de las primeras en manejar y para poder subir al auto, como para dar clases en el imponente edificio del Colegio tuvieron que cortar un poco el largo de sus polleras. Así comenzaron a levantar sus alas, ya que la vestimenta tuvo que acomodarse porque aún la ciudad no tenía todo el empedrado necesario y eso dificultaba el caminar de las mujeres.

Las maestras Frances Armstrong, Angeline Wall y Jennie Howard que vinieron a Córdoba casi no tienen calles ni avenidas que las recuerden, aunque su obra fue gigantesca y aún perdura. En cambio sí la tiene quien las enfrentó el Obispo De Clara.

Pero también en estos textos encontramos la historia de Rosa Clotilde Sabattini, considerada la contracara de Eva Duarte, nacida en el seno de una de las familias más tradicionales de Córdoba.

“Cotita”, como le decían en su entorno, era maestra y profesora de Historia. Y sufrió violencia de género mientras estuvo casada con Raúl Barón Biza, pequeños actos de violencia psicológica que vivía día a día y terminaron con su intento de femicidio. Ella vivió lo que por esos años se denominaba una “tormentosa historia de amor” con idas y vueltas siempre dentro de un círculo de violencia.

Muchas veces se considera que las mujeres están para atender a los varones y Clotilde intentó romper con esto en su matrimonio, esto le costó que su marido le rociara con ácido el rostro. Al día siguiente Barón Biza se quitó la vida. Este intento de femicidio formaría parte de lo que Rita Segato denomina pedagogía de la crueldad, ese ejercicio violento y cruel sobre el cuerpo de la mujer, ella es posesión del hombre, fue objetivada, esa crueldad es el intento de disciplinamiento. Clotilde Sabattini estaba por divorciarse cuando su marido la roció con ácido.

Ella no podía seguir en una situación que cortaba sus alas de libertad...

“El Secreto de la prosperidad de los pueblos hay que ir a buscarlo a los bancos de la escuela...” Dr. Alejandro Carbó, parte de su discurso en el Congreso de la Nación en 1899.

Actualmente la institución educativa recibe el nombre de Escuela Normal Superior Dr. Alejandro Carbó.

Agradezco a la Profesora, Abogada y Coordinadora del Programa de Niñez y Juventud, Lucrecia Sosa Cocca y a la Profesora y Abogada, Alicia Migliore por esta invitación. Solo intentamos darle una vuelta más a estas bellas historias.

*Lic. Marisa Medrano Abdeneve*  
Ministerio de la Mujer

## **Autoridades Universidad Nacional de Córdoba**

### **RECTOR**

Dr. Hugo O. Juri

### **VICERRECTOR**

Dr. Ramón P. Yanzi Ferreira

### **SECRETARIO DE EXTENSIÓN**

Ab. Conrado Storani

### **SUBSECRETARIO DE VINCULACIÓN**

Med. Hugo Marcelo Fernández Spector

### **SUBSECRETARIO DE CULTURA**

Mgter. Pedro Ernesto Sorrentino

### **COORD. DEL PROGRAMA NIÑEZ Y JUVENTUD**

Ab. Lucrecia I. Sosa Cocca



AVALA:

Ministerio de la  
**MUJER**



GOBIERNO DE  
**CÓRDOBA**  
ENTRE TODOS

ADHIEREN:



PROGRAMA  
ÁREAS DE  
DESARROLLO TERRITORIAL  
Secretaría de  
Extensión Universitaria



Secretaría  
de Extensión  
Universitaria